

Selección



CURTIS GARLAND

MEMORIAS DE UN MONSTRUO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CURTIS GARLAND

MEMORIAS DE UN MONSTRUO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 438
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.200 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

«Mas es cierto que soy un desventurado. He asesinado al indefenso y al virtuoso, he estrangulado a seres inocentes mientras dormían; he matado a quienes nunca hicieron daño a nadie, ni a mí ni a ningún otro ser viviente… Usted me odia, pero su aborrecimiento no puede igualarse con el que yo me tengo a mi mismo...»

Frankenstein, Mary Shelley.
Londres 1831.

PROLOGO

«Es la más espantosa historia imaginable. Nunca pensé que yo pudiera llegar a formar parte de algo así a verme mezclado en un horror semejante.

Y, sin embargo, así ocurrió aquel invierno entre 1890 y 1891 en Londres. Todavía lo recuerdo con un escalofrío, aun después del tiempo transcurrido.

Mi vida, hasta ese momento, había sido completamente rutinaria y vulgar. Todo lo aburrida y monocorde que puede ser la existencia de un simple escribiente de oficina por muy importante que sea la empresa en que trabaje La Sutherland and Co era realmente importante como entidad editorial en Londres. Sus volúmenes se vendían fácilmente, y su firma prestigiaba una edición, ya fuese de tipo técnico o simplemente de creación literaria. Hombres como Abraham Stoker y George Bernard Shaw hablan pasado por nuestras oficinas con sus manuscritos iniciales, cuando aún la fama no les había sonreído. Oscar Wilde y el propio Lord Byron habían visitado a mi jefe, el señor Bertrand R. Sotherland en alguna ocasión, fascinándome con su personalidad inconfundible y con su aire entre aristocrático y libertino

Pero todo eso no alteraba la vida de un tal Peter Doyle, escribiente de redacción de la Sotherland & Co., Publishing. Y Peter Doyle soy yo. Cuando esa gente, importante o no, se ausentaba de nuestras oscuras y algo lóbregas oficinas de la City, todo allí volvía a ser igual. Yo anotaba en mis libros los trabajos encargados, con la paciencia montada y rutinaria de todos los escribientes, y soñaba con imposibles ilusiones de gran escritor, pensando algún día en entrar en aquella editorial por la puerta grande, llevando el mejor manuscrito de todos los tiempos para verlo publicado y convertido en el libro más vendido de Inglaterra

Soñaba, claro. Es lo único que le está permitido a un hombre gris y corriente. Soñar no cuesta dinero, aunque a la postre esos sueños no pasan de ser justamente lo que son.

Sin embargo, muy pronto iba a presentárseme la gran oportunidad con que soñaba. Iba a tener en mis manos la posibilidad de entregar a Bertrand H. Sotherland un manuscrito sin precedentes, un horrible y verídico escrito que llegó a mis manos por conductos casi irreales.

Pero no adelantemos acontecimientos, si realmente quiero llevar ese escrito mío a buen puerto, narrando paso a paso los acontecimientos y, sobre todo, lo que más ha influido en todos ellos. La increíble circunstancia que puso en mis manos un auténtico horror escrito... y me lanzo, irremisiblemente, a una vorágine de miedo y de angustia, para llegar a formar parte de la espantosa realidad que me cercaba ya implacablemente desde el momento mismo en que la más siniestra obra literaria de un ser viviente llegó a mi poder.

Porque ese documento escalofriante lo formaban, ni más ni menos, que las memorias de un monstruo.

Un monstruo como yo jamás había pensado que existiera en este mundo. Un ser que convirtió mi existencia en una pesadilla. Y que, aun ahora, transcurrido el tiempo, me hace evocar aquellos momentos con un estremecimiento de espanto infinito.

Todo comenzó aquella tarde lúgubre, nubosa y con fuerte cierzo helado barriendo las calles nevadas de Londres, en cuyas aceras la nieve helada y sucia se apilaba, conviniendo el empedrado en una resbaladiza y peligrosa pista para los es casos transeúntes que por ella se aventuraban...

Entonces el destino me hizo dar el primer paso hacia mi encuentro con el monstruo...»

* * *

Peter Doyle se había quedado solo aquella tarde en las oscuras y amplias oficinas de Sotherland & Co. Publishing. Bernard R Sotherland había tenido que salir para una reunión de negocios en Leeds, y su socio y coeditor, Jonathan Whitby, tenía una junta con varios accionistas de una importante financiera londinense. Los demás escribientes y empleados habían salido al cumplirse la hora de abandonar sus puestos de trabajo, las cinco en punto. El último en salir fue el viejo Jonas McDougall, el impresor, abandonando su tarca en el lóbrego sótano destinado a la maquinaria de impresión editorial.

Desde la ventana semicircular del amplio recinto destinado a despachos de escribientes y redactores de la editorial, podía verse un fragmento de Newgate Street, los muros del Hospital de Saint Bartholomew y el Viaducto de Holborn a la izquierda, sobre las vías férreas de la estación de Blackfriars. Todo ello a través del tamiz blanquecino y triste de una copiosa nevada que el viento frío iba moviendo en una y otra dirección alternativamente.

Peter Doyle suspiró, meneando la cabeza, y siguió con su tarea de pasar en limpio una serie de documentos de un legajo ya a punto de ser concluido.

Aquella urde había quedado con Coleen algo más tarde, exactamente a las seis, en un salón de té de Cheapside, a espaldas de la Catedral de San Pablo. Y aquello distaba de las oficinas editoriales poco más de un tiro de piedra, de modo que tenía tiempo suficiente para aligerar trabajo atrasado y dejar concluido aquel maldito legajo que tanto le irritaba.

Al salir el viejo McDougall, dándole como siempre cortésmente las buenas noches, la puerta de las oficinas había quedado cerrada, pero sin asegurar con pestillo. No hacía falta, porque nadie guardaba en la casa un solo penique, dada la proximidad de la oficina bancaria de Cheapside, y era muy dudoso que persona alguna, pese a la abundancia de delincuentes durante los tiempos Victorianos, tuviera la tentación de entrar allí para robar libros, papel o tinta, que era todo lo que podía llevarse. Los ladrones buscaban en aquellos tiempos cosas más sustanciosas o de valor que literatura buena o mala.

Tal vez por eso, Doyle se sorprendió al oír que hurgaban en la puerta. Alzó la cabeza, intrigado, dejando de escribir y manteniendo en el aire la pluma.

Contempló, absorto, la puerta de entrada, situada más allá de la cristalera que conducía a la sala de redacción.

Frunció el ceño al ver girar a un lado y otro el pomo dorado de la puerta, sin que esta llegara a abrirse. O el visitante era muy torpe o en realidad no pretendía abrir en absoluto.

Se encogió de hombros cuando el picaporte dejó de moverse. Tal vez algún chiquillo, pensó. Había mucho arrapiezo suelto por Londres, especialmente cuando nevaba. Les gustaba hacer bolas de nieve y bombardear los cristales de las casas.

Siguió escribiendo, absorto en su trabajo, olvidado ya el leve movimiento del pomo de la entrada. Tal vez por eso, su sobresalto fue mucho mayor cuando la voz le saludó tímidamente:

—Buenas tarde....

Levantó la cabeza, sorprendido, dejando caer su pluma sobre el papel recién escrito, donde dejó una serie de borrones de tinta, para disgusto suyo. Se quedó mirando la silueta humana que se recortaba allá, en la entrada de la vidriera, contra la claridad blanquecina que entraba por los laterales y la parte alta de la puerta de entrada, a través de los vidrios enrejados, mostrando la lente caída de los copos de nieve en la calle.

—¿Qué desea? —Preguntó abruptamente Doyle, extrañado de no haber oído esta vez nada—. La editorial está cerrada, señor Vuelva mañana... No, no. Mañana es sábado. Venga el lunes, por favor. Y cierre al salir. Hace mucho frío esta tarde.

La sombra se mantuvo inmóvil, sin que él lograra ver otra cosa que su amplio gabán oscuro, su sombrero calado hasta las orejas, la bufanda en torno al cuello, colgando grotescamente casi hasta el suelo, las manos enguantadas y algo apretado contra su costado, sujeto por su brazo.

—Lo... lo siento —sonó la voz—. Estaba abierta la puerta...

—Sí, lo sé. Yo mismo he de salir de aquí dentro de poco —bostezó Doyle —. Sólo estoy terminando un trabajo atrasado. Me voy en seguida.

—¿No está el editor?

—No. No está. No hay nadie, excepto yo, ya se lo he dicho.

—¿Y usted... no podría atenderme? —rogó la voz.

Doyle arrugó el ceño, negando con la cabeza.

—No —rechazó—. Sólo soy un escribiente. El señor Sotherland estará en su despacho el lunes a las ocho de la mañana puntualmente. Vuelva entonces, por favor.

—El lunes ya será demasiado tarde —sentenció aquel hombre de voz apagada y sorda.

Doyle aguzó su mirada, logrando descubrir lo que el visitante llevaba tan celosamente pegado a su costado. Debió imaginarlo antes: un legajo de papeles cosidos con un cordel. Un manuscrito, sin duda alguna.

Respiró hondo. Meneó la cabeza.

—Si le trae alguna obra para leer, le advierto que tardará mucho en darle

una respuesta —dijo cansadamente—. Tiene muchos manuscritos todavía pendientes de informe. Todo el mundo hoy en día escribe algo y trata de editarlo. Pero le repito que, de todos modos, le atenderá gustoso el lunes.

—Ya le he dicho que, para el lunes, seria tarde. Muy tarde, señor —dijo tristemente el visitante, avanzando hacia él—. Será mejor... que usted se quede con mi manuscrito. ¿Por qué no lo lee?

—Lo siento —Peter empezaba a sentirse molesto con tanta insistencia—. Yo no soy asesor literario. No entiendo mucho de literatura aunque trabajo aquí, ¿comprende? Mi opinión no le serviría de nada.

—Por favor... —se obstinó el desconocido, parándose frente a él, a alguna distancia, entre las otras mesas vacías de la lóbrega oficina—. Esta es, quizás, la única oportunidad que ser alguno tendrá jamás de leer mi manuscrito. Ya que le he encontrado hoy aquí, ¿por qué no se lo queda y trata de leerlo? Me haría un gran favor. A mi... y a otras personas, quizás.

Peter, contrariado, extrajo su reloj de bolsillo. Alzó la tapa y lo miró a la ya leve claridad vespertina. Seguía nevando con fuerza, el viento hacia crujir puertas y ventanas y las formas se iban difuminando en una penumbra cada vez más intensa, dentro de la oficina, mientras la luz blancuzca de la tarde de nieve se convertía paulatinamente en grisácea. Su reloj marcaba las cinco y veinte minutos.

—Se me hace tarde —trató de excusarse, poniéndose en pie y dirigiéndose a un mueble cercano donde había un quinqué y una caja de fósforos—. Encenderé un poco de luz. Debo marcharme y no quiero encender el gas para eso...

Tornó la caja de fósforos. Iba a prender uno, cuando su extraño visitante le imploró con repentina angustia:

—¡No. no, eso no! No encienda la luz, por favor... Se lo ruego, señor...

Sorprendido, Peter mantuvo en su mano el fósforo sin prender. Se volvió lentamente hacia el hombre, con cierto disgusto en su rostro Trató de ver algo, sin demasiado éxito. Las sombras profundas de la oficina, el negro sombrero hongo, cuya ala ocultaba la parte superior del rostro del visitante, mientras la gruesa bufanda gris tapaba el resto, y las manos enguantadas, más la amplitud desmesurada del abrigo color musgo, hacían prácticamente imposible ver ni una pulgada de la piel de aquel individuo. Sólo le fue posible captar, en medio de las espesas sombras del rostro, el destello de unos ojos llenos de vida, de vitalidad... de angustia acaso.

—¿Por qué no? —Trató de saber, a regañadientes—. Está muy oscuro aquí y debo ir a lavarme las manos, peinarme un poco y asearme, antes de abandonar esta oficina... ¿Le tiene miedo a la luz?

—En cierto modo... sí —confesó el otro inclinando la cabeza—. Lo... lo siento. No quiero ser impertinente, compréndalo. Sólo deseo... que usted lea mi manuscrito, señor.

—Difícilmente podría hacerlo con esta luz —replicó seca mente Doyle—. Pero de todos modos, ya le dije que no soy nadie aquí para juzgar la obra

literaria de ningún espontáneo Para eso tiene el señor Sotherland sus asesores y expertos... Le ruego que no insista. Permítame dar esa luz, arreglarme y salir de aquí. Le prometo que hablaré de su visita al señor Sotherland y él recogerá y leerá con todo interés su...

—No... no es mi novela, señor —rechazó el otro, aparentemente ofendido—. Sor; mis Memorias...

—Ah, entiendo —e interiormente, Doyle se dijo: «Maldita sea, debí imaginarlo. Este es uno de tantos chiflados que piensan que su vida es la más apasionante y novelesca del mundo, y que con ella puede llenarse un volumen de mil páginas. Pobre diablo, trataré de llevarle la corriente y no dificultar más las cosas». Tras una pausa meditativa, Doyle clavó sus ojos en el legajo que llevaba el desconocido bajo el brazo y añadió, tratando de ser comprensivo y amable con él—: Verá, vamos a hacer algo mejor que lo que le sugerí. Yo me quedaré con su obra y se la entregaré personalmente al señor Sotherland el lunes, con una recomendación para que le preste urgente y máxima atención, ¿qué le parece eso?

—No sé... —vaciló el otro, indeciso, alzando su manuscrito, que acarició con la otra mano, enguantada de gris, como quien acaricia algo realmente amado—. Creo que me está engañando, señor, y que piensa arrojar esto al cesto de los papeles

—Yo le aseguro que no lo pretendo en absoluto...

—Cometerían un error —aseguró el visitante con voz ronca, alzando lentamente su cabeza hacia Doyle—. Un gran error, créame... Es posible que este manuscrito ya no esté siquiera aquí el lunes... Si llegan a saberlo, nunca podrá leerlo nadie...

—A saberlo, ¿quién o quiénes? —Se interesó Doyle, sin entender nada de todo aquello, pero sintiendo de repente un sutil escalofrío cuando aquellos ojos profundos, brillantes y helados se fijaron en él desde las sombras—. Le aseguro que nuestra entidad guarda absoluta reserva sobre toda cuestión profesional...

—No, no. No es eso —cortó el otro—. Si quien yo me refiero llegase a saber que este manuscrito está aquí, en sus maros... su vida no valdría nada, serio. Ni la de ninguno de este lugar. Este documento... puede significar la muerte. Solo si alguien llega a leerlo a tiempo, a conocer la verdad de mi vida., tal vez algo podría aún salvarse.

Era extraño su modo de hablar, pero Doyle no quiso dejarse impresionar por ello, pese a que la mirada del desconocido, su personalidad sin esclarecer, el rostro aquel sumido en sombras, del que le era imposible ver otra cosa que el destello de unas pupilas inquietantes, lograban causarle una zozobra, un desasosiego rayano casi en la aprensión, tal vez en un miedo sutil e indefinible hacia algo que no entendía.

—Es todo lo que puedo prometerle, señor —dijo con aspereza Doyle, dispuesto de una vez por todas a terminar aquella engorrosa entrevista—
Déjelo o lléveselo consigo, pero decida pronto se lo ruego. Es tarde, y tengo a

una dama esperándome...

—Oh, entiendo —asintió con la cabeza, lenta y tristemente, el enigmático visitante—. Una mujer... Tal vez su prometida... Yo también tuve una vez alguien a quien amé... Pero eso quedó atrás para siempre... Si, tiene razón No debo retenerle más tiempo. No es justo...

Vaciló, como si se dispusiera a partir con su manuscrito. Pero, finalmente, tomó una brusca decisión. Alargó el brazo. Su enguantada mano depositó el legajo sobre la mesa.

—Aquí lo tiene, señor —dijo roncamente, como si le doliera separarse de aquella creación suya y la decisión tuviese que ser así de brusca y repentina— Haga con él lo que quiera. Si puede leerlo, hágalo. Pero pronto. Antes de que alguien se lo impida... Luego, decida usted mismo. En usted confío, señor...

—Doyle. Peter Doyle —dijo el joven escribiente con tono grave—. ¿Vendrá usted el lunes por aquí a entrevistarse con el señor Sotherland?

—El lunes... — aquellos ojos parecieron repentinamente mortecinos, sin vida, cuando el repitió esa palabra—. Ya le dije que el lunes sería demasiado tarde para mí... Y quizás también para otras personas. Procure que no lo sea para usted, señor Doyle. Gracias por atenderme. Espero que no se arrepienta nunca de ello. Buenas tardes... y perdone.

—Un momento — pidió Peter cuando el hombre se alejaba hacia la salida —. Aún no sé cuál es su nombre para decírselo al señor Sotherland... Ni sus señas, para escribirle con el informe de la editorial...

—Mi nombre figura en el manuscrito —dijo el otro, sin volverse—. En cuanto a mis señas... no servirían de nada. Adiós, señor Doyle.

Abrió la vidriera. Salió al vestíbulo y abrió también la puerta de entrada. Una ráfaga de aire gélido empujó la nieve hacía el interior. El visitante pisó la crujiente nieve de la acera. Se alejó, cerrando tras de sí, con suavidad.

Peter Doyle se quedó solo, contemplando la puerta cerrada. Se volvió hacia su mesa. Esta vez sí encendió el fósforo y, lentamente, prendió la llama del quinqué, cuya intensidad elevó, depositando la lámpara sobre la mesa de trabajo.

Iba a dirigirse al servicio para asearse un poco, antes de ir al encuentro de Coleen, cuando sus ojos se fijaron en la tara del manuscrito. Era de cartón grueso, color gris. Se había escrito sobre ella con letra angulosa e irregular, usando tinta muy negra. Con curiosidad, tomó el legajo, cosido en su borde izquierdo con un cordel bastante fino. Leyó el título:

MEMORIAS

Luego, bajó la mirada, en busca del nombre del autor. Lo leyó, en la seguridad de que antes de ahora había oído o leído ese nombre en alguna parte. Leslie Graham.

—Leslie Graham... —repitió sordamente, arrugando el ceño—. ¿Dónde he visto yo antes ese nombre, por todos los diablos?

Hojeó de pasada el volumen. Se había usado papel muy recio para escribirlo, una especie de hojas de papel de barba mal cortadas. La letra que le llenaba era menuda, apretada y angulosa. A veces, la escritura se hacía desigual y torcida. En ocasiones casi resultaba ilegible. En otras, nítida y precisa, escrita con suma pulcritud. Había algún que otro borrón de tinta, no demasiados.

Dominado por la curiosidad, abrió el manuscrito por su primera página, comenzando a leer. Pegó un respingo cuando sus ojos se fijaron en la primera línea escrita:

> «El diecisiete de septiembre de este arto de gracia de 1890, fui ahorcado en la prisión de Newgate...»

—¡Dios! —masculló Peter Doyle, aterrado—. ¡Ahora recuerdo! ¡Leslie Graham...!

Se precipitó, dejando el manuscrito, hacia una estantería de la oficina dor.de se apilaban viejos periódicos polvorientos. No tuvo que buscar mucho, porque de aquel hecho solamente le separaban cuatro meses. Encontró pronto el Times de esa fecha. Localizó la noticia en la tercera página, tras pasar la de anuncios y editoriales. (*El lector debe tener en cuenta que, durante la mayor parte de su existencia, el periódico más tradicional de Inglaterra, The Times, al revés que todos los demás rotativos de la capital, llevaba en primera plana los anuncios, y la información propiamente dicha comenzaba Siempre en tercera página. Esta peculiaridad le hizo famoso mundialmente, como tantas otras que sólo podían encontrarse en el viejo y singular diario londinense*)

«AYER FUE AJUSTICIADO EN LA HORCA
EL ASESINO LESLIE GRAHAM.
CONVICTO DE MAS DE DIEZ HORRENDOS CRIMENES.
SU CADAVER, QUE NADIE RECLAMARA POR CARECER DE FAMILIA, PASARA A LA FOSA COMUN.»

Perplejo, se quedó meditando sobre la noticia de la ejecución. Unos dibujos presentaban al asesino tal como lo veía el artista, pero eso nada dijo a Doyle, puesto que ni siquiera sabía cuál era el rostro de su visitante. Aunque, por supuesto, no podía creer ni remotamente en la posibilidad de que aquella primera aseveración del manuscrito fuese cierta, ni tampoco el nombre con que firmaba sus pretendidas «Memorias».

No obstante, el interés había prendido ya en él. Tomó un lápiz de su mesa y comenzó a trazar, en torno a la figura del ajusticiado dibujada en la página del Times, un bombín, una bufanda y un amplio abrigo. Contempló el resultado, estremeciéndose ligeramente. La estatura y complexión coincidían plenamente. Pero claro, eso no quería decir nada. Sólo que estaba dejándose llevar por una idea estúpida y disparatada. Quizás la presencia del misterioso autor había logrado impresionarle demasiado; eso era todo.

—Al diablo con el manuscrito —farfulló, tirándolo sobre la mesa con disgusto—. Leslie Graham ha muerto. Nadie sobrevive a la horca. Es ridículo admitir esas tonterías. El pobre diablo debe de ser uno de esos chiflados que se creen cualquier fantasía imaginada por su calenturiento cerebro. Es mejor olvidar todo esto y salir cuanto antes, o llegaré tarde para reunirme con Coleen...

Pero algo le impulsó a curiosear de nuevo en aquellas páginas que empezaban a parecerle repletas de una maligna influencia capaz, de trastornar su razón. Se inclinó sobre la mesa. Abrió la tapa gris de cartón. Siguió leyendo la primera página con morboso interés:

> «El diecisiete de septiembre de este año de gracia de 1890 fui ahorcado en la prisión de Newgate
>
> Era un día frío y brumoso. Recuerdo que no dormí la noche antes ni siquiera cinco minutos, y el amanecer me sorprendió empezando a adormilarme, aterido en mi celda de esa sombría y horrible prisión. Entonces se abrió la puerta enrejada con un chirrido, y el alcaide, el capellán y los celadores aparecieron en la puerta. Uno de ellos, no recuerdo quién, me dijo solemnemente:
>
> —Ha llegado la hora, Leslie Graham. Ponte en pie.
>
> Creo que les obedecí. O alguno de ellos me ayudó, no sé. Lo cierto es que, momentos más tarde, estaba caminando hacia el frío y angosto patio vecino dundo se alzaba el armazón de madera donde debía colgar yo hasta morir.
>
> Estuve a punto de caer dos veces. Me sujetaban, y eso me irritó. Pude recorrer el resto del camino, incluidos los peldaños del patíbulo, sin que nadie tuviera ya que ayudarme. Al menos, pensé, me llevaría a la tumba la satisfacción de que ninguno de aquellos bastardos hablara de mi cobardía al enfrentarme con la muerte.
>
> El capellán me preguntó algo. Creo que quería confortarme, pero lo rechacé con acritud, y le oí murmurar oraciones por mi alma hasta que el verdugo puso la soga en mi cuello. Si temblé en ese momento fue por el maldito frío de la mañana, no por miedo a morir.
>
> ¡Dios mío! ¿Cómo podía saber yo entonces que iba a tener ocasión de escribir esto, de narrar mi propia muerte? Posiblemente soy el único ser viviente en el mundo que ha tenido tal oportunidad. Y no me complazco de ello, no. Por el contrario, siento un horror inmenso, un odio infinito hacia quienes han hecho posible esta aberración, esta monstruosidad sin precedentes.
>
> Pero lo cierto es que ahora, en noviembre del mismo año

1890, dos meses después de mi muerte, yo estoy aquí escribiendo sobre mi ejecución. Sobre mi último viaje a la oscuridad eterna.

Oscuridad de la que, sin embargo, he salido, para horror mío y de tantos otros corno han sido mis victimas aun después de morir.

El destino de Leslie Graham, asesino y malvado, era morir ¿Por qué, entonces, no permitirle pagar así sus crímenes y sus errores? ¿Por qué darme otra oportunidad, otra más, Dios mío, para seguir siendo cruel y sanguinario, perverso y odiado? ¿Por qué?

No, no debo buscar respuestas. Nadie las tiene. Y quien podría dármelas es la última persona en este mundo a quien se las pediría. Debo escribir aquí lo más rápidamente posible, antes de que sea demasiado tarde para mí y para otros, la horrible y siniestra verdad de mi vida. De mi nueva vida, más allá de la horca y de la muerte.

Del nuevo Leslie Graham, convertido en... en monstruo.

Si. En monstruo. Estas son mis memorias. Las memorias de Leslie Graham. Las Memorias de un monstruo.

Lector amigo, si quieres, sigue leyendo. Pero no te horrorices por nada de cuanto aquí veas escrito. No me culpes tampoco de todo. Verás que yo, en el fondo, no soy el único culpable de este horror que ahora estás abriendo ante tus ojos, si el Señor quiere que estas líneas vean un día la luz, para que se sepa la verdad. Toda la verdad sobre un monstruo llamado Leslie Graham...»

* * *

Petes Doyle respiró hondo. Se pasó una mano por el rostro. Sabía que estaba demudado. Su mano se cubrió de un sudor helado. Estaba sudando, pese al frío reinante en las tétricas oficinas de Sutherland & Co.

Algo le impulsaba a retirar de sí, como algo contaminado y perverso, aquel manojo de hojas apresuradamente cosidas y encuadernadas en cartón gris. Era como tener en sus manos una prenda diabólica, siniestra y oscura, llegada desde los infiernos de manos del propio Diablo.

Por otro lado, resultaba imposible de admitir que un ahorcado volviese a la vida. No podía creer una palabra de aquel relato. Y, sin embargo, había una nota de patetismo, de latente dolor, de angustia vital y de emociones laceradas en aquella forma de escribir, en aquella redacción simple, llena y emotiva. Era como si alguien, un verdadero asesino, acaso un auténtico monstruo de maldad, se lamentara de ser lo que era.

Pensó que como obra de ficción, su inicio resultaba apasionante. Como relato posible, como hecho real, no podía por menos de albergar grandes

dudas, una incredulidad casi absoluta.

Y sin embargo...

Sin embargo, Peter Doyle volvió a mirar su reloj, se dijo que en pocos minutos podría estar listo para reunirse con Coleen, y que no pasaría nada si perdía diez minutos más de su tiempo leyendo la continuador de aquel manuscrito, antes de abandonar la oficina.

Elevó un poco más la llama del quinqué, llenó de tabaco su pipa, la encendió, sin quitar los ojos de la escritura, y siguió leyendo aquellas sorprendentes y extrañas memorias de un hombre ajusticiado casi cuatro meses antes.

DEL MANUSCRITO DE LAS «MEMORIAS DE LESLIE GRAHAM»
(I)

«Aquél era mi despertar.

Nadie despierta después de muerto. Yo sí.

Inicialmente, no sabía quién era ni dónde estaba No recordaba nada. No sentía nada. Era como ver cosas a mi alrededor sin tener noción de nada, sin percibir emociones, agradables o ingratas.

Primero descubrí un techo acristalado. Llovía torrencialmente y había tormenta. Los relámpagos surcaban el cielo negro, mientras ráfagas violentas de lluvia se desplomaban sobre la claraboya que tenía encima de mi cabeza. Era curioso, pero cada uno de aquellos lívidos fulgores de descargas eléctricas en el cielo provocaba en mi cuerpo una rara sensación, un creciente hormigueo, parecido al de unos miembros adormecidos que, poco a poco, recobran la vitalidad.

Luego giré la cabeza. Estaba tendido en alguna parte, posiblemente sobre una mesa. No era un lecho blando. Me dolía ligeramente el cuerpo. Ya empezaba a sentir algo.

Descubrí una serie de extraños aparatos. Esferas gradúa das contaban cifras y cifras con agujas móviles. Unas pantallas luminosas emitían destellos azulados. Noté en mis sienes, muñecas y cuello una especie de aplicaciones metálicas por las que el hormigueo se deslizaba a mis miembros y venas cuando había destellos tormentosos en el cielo nocturno.

Luego, mis ojos captaron tubos, matraces y retortas, burbujeando en otro extremo de la amplia sala donde me encontraba. Advertí la presencia de unos tubos de goma o caucho aplicados a mis venas con agujas. Por ellos venía algo rojo oscuro. Debía de ser sangre, procedente de unos depósitos de vidrio repletos de plasma sanguíneo, denso y burbujeante.

Todo aquello era extraño, insólito y nada claro Traté de pensar, de saber qué ocurría, dónde estaba y, sobre todo, quién era yo.

Mis primeros recuerdos de un pasado que ignoraba si era remoto o cercano, fueron de una gélida marrana gris y brumosa, unos muros grises y altos, un testaferro de madera rematado en un par de troncos en ángulo recto, con una soga coleando.

La soga...

Me estremecí. Creo que incluso quise levantarme y gritar. No emití ningún sonido. Y aunque hubiera podido incorporarme en aquella mesa, unos correajes me lo impidieron. Estaba fuertemente alado.

Algo sucedió en una de aquellas esferas graduadas cuando me moví. Su aguja comenzó a moverse alocadamente y subió de graduación. Una roja luz de gas parpadeó. Oí en alguna parte una especie de sonido agudo, como una

sirena de barco.

Entonces, por primera vez, vi a seres humanos ante mí.

Se había abierto una puerta. Asomaron tres personas. Dos hombres y una mujer. Uno de ellos era muy alto, delgado y moreno, con sienes plateadas. El otro, más bajo y fornido, era rubio y joven. La tercera persona, la mujer, era más rubia aún. Y muy atractiva. Tenía formas llamativas, bajo una bata blanca que, como a sus compañeros, le cubría el cuerpo hasta los tobillos.

Se quedaron mirándose fijamente. Noté el estupor, la excitación y el asombro en todos ellos. Hablaron cosas que, de momento, no pude comprender:

—Lo ha logrado... Cielos, doctor, lo ha logrado —jadeó

—Sí, es evidente... El... vive —musitó el rubio—. Ha resucitado.

—Dios mío... —el hombre alto, moreno y de sienes y patillas canosas, me miró como si estuviese a punto de enloquecer—. No puedo creerlo...

—Es evidente —le respondió el rubio, muy pálido, enjugándose el sudor de su rostro, sin dejar de mirarme— Véalo, doctor Giffard... Nos está mirando. Creo que nos oye y nos entiende... Es... es fantástico...

—Fantástico —corroboró la mujer rubia con voz apagada. Luego inclinó la cabeza como si le asustara algo—, Me pregunto si es un milagro... o una monstruosidad, doctor.

—¿Por qué habría de ser monstruoso? —rechazó el hombre alto, frotándose el mentón y sonriendo vagamente—. Digamos que es eso: un milagro de la ciencia. Lo que hemos buscado durante años y artos. Lo que la Humanidad nunca logró en siglos enteros de búsqueda, el secreto de la vida y de la muerte, amigos míos... ¡Nosotros lo hemos conseguido! El resultado está ahí... Delante de nosotros. Ese hombre, Leslie Graham, un cadáver, un simple cuerpo sin vida, los restos mortales de un asesino ajusticiado, está ahora con vida. Ha vuelto a este mundo desde las sombras de la muerte...

Leslie Graham... Ajusticiado... Cada ver...

Entendía ya todo eso. Sentí horror. Horror de mí mismo y de lo que me rodeaba. Ahora podía recordar casi todo el pasado. Mi pasado. Mi vida anterior. Yo había sido Leslie Graham. Un asesino. Me habían ahorcado por ello, una fría mañana de septiembre en la prisión londinense de Newgate. En rigor, yo debía de estar ahora muerto. De hecho lo estaba, si había de creer a quienes hablaban ahora ante mí.

Pero por alguna razón que se me escapaba, estaba vivo. Había vuelto a la vida. Era una resurrección en toda regla. Imposible clínicamente. Pero cierta para mí. Absolutamente real. Yo, Leslie Graham, el asesino ahorcado... estaba vivo.

—Parece excitado —comentó el hombre rubio, tocando el brazo de su compañero de sienes canosas—. ¿Qué hacemos ahora con él, doctor?

—No podemos correr riesgos. Administraremos un sedante mezclado con la sangre de la transfusión. Se dormirá un tiempo. Y estudiaremos lo que se puede hacer, ahora que hemos conseguido lo que tanto habíamos buscado...

Vi borrosamente al hombre rubio afirmando con la cabeza. Inyectó algo en el suero sanguíneo que venía a mis venas. Siguieron hablando entre sí en voz baja, mientras me dirigían frecuentes y asombradas miradas. Lenta, paulatinamente, sentí un dulce y profundo sopor. Quise decir, pero no me fue posible Mi garganta seguía sin emitir sonido alguno.

Me dormí. De nuevo la oscuridad me envolvió, absorbiéndome. Me pregunté si volvería a ser la muerte o sólo un apacible reposo hasta vivir de nuevo, de forma definitiva.

Antes de perder la noción de las cosas, me dije que debía de ser un hombre muy afortunado por regresar de entre los muertos y volver a vivir.

Pero no pude sentirme feliz. Lo cierto es que sentí algo muy parecido al miedo.

* * *

Este era ya el segundo despertar.

Acababa de abrir los ojos. Contemplé las agujas moviéndose pausadamente en las esferas graduadas, la escasa cantidad de sangre por inyectarme en las venas, y una regular oscilación luminosa en aquellas extrañas pantallas que yo no conocía.

Noté un grato calor bajo mi epidermis. Pero seguía sin poderme mover. Ahora mis recuerdos fluían con mayor facilidad a mi mente. Sabía quién era, lo que me había sucedido, y estaba seguro de que debía todo este prodigio a aquellos tres desconocidos que viera ante mí, uno de los cuales respondía al nombre de doctor Giffard.

Giré la cabeza hacia el otro lado. Me sorprendió gratamente ver a la mujer rubia, sentada cerca de la mesa de operaciones donde yo reposaba. Ella se limitó a mirarme, haciendo algunas anotaciones en un cuaderno, mientras consultaba los datos de las esferas graduadas y demás instrumentos allí instalados.

—¿Se encuentra bien?

Me hablaba a mí. La miré largamente. Intenté responder. De mi garganta, esta vez, brotó un sonido. Pero resultó ronco, inarticulado, sin el menor sentido. Pese a ello, la rubia se sobresaltó y pareció luego gratamente sorprendida, anotando con rapidez otras líneas en su cuaderno de apuntes.

Al no poder hablar, moví la cabeza afirmativamente. Ella sonrió.

—¡Bien...! —Aprobó, con evidente entusiasmo—. Está progresando mucho, Graham.

No sé si hice algún gesto. Pero debió notar que me contrariaba ser llamado así.

—Lo siento —dijo con rapidez—. No sé qué otro nombre aplicarle. Es el suyo, ¿no? Bueno, lo era... antes. Me entiende, ¿no?

Volví a asentir con la cabeza. Claro que lo entendía. Pero no me gustaba seguir siendo Leslie Graham. Yo había sido un asesino antes de volver a

vivir. Ahora sabia que fui siempre un hombre violento, cruel, sanguinario y nada escrupuloso. Que había merecido la horca. Pero no ser resucitado por aquella gente. Mi vida no era acreedora a tal privilegio. ¿Por qué, entre todos los seres que podían morir en Londres, habían tenido que elegir precisamente a mí, un vulgar asesino?

Algo había ocurrido en mi mente durante aquel tránsito entre la muerte y la vida que yo no entendía. Pero ya no deseaba matar. No odiaba a nadie. No quería recordar lo que fui. No me sentía capaz de una violencia ni de un acto criminal. Sólo quería olvidar. Pensar que podía ser otra persona cuando disfrutase de esta otra vida que alguien me regalaba por oscuros motivos, utilizando una ciencia que me era absolutamente desconocida.

—De todos modos, le buscaré otro nombre, si lo prefiere —sonrió ella suavemente—, le llamaré solamente Lesy, ¿está bien?

Lesy... Se parecía a un diminutivo de Leslie, pero no era igual. Me gustó. Y lo acepté con otra afirmación de cabeza y un gruñido que, borrosamente, se pareció más que antes a un «si» muy relativo. La mirada azul ce ella se animó con esto.

—Vaya, si ya empieza a poder hablar. Lesy —me dijo con entusiasmo—. Esto va mucho mejor de lo que imaginaba. No sé por qué, desde que leí ese horrible libro de Mary Shelley, pensaba en otra forma de estas experiencias científicas... (*El autor se refiere aquí a la obra mundialmente célebre, escrita por Mary Wollstonecraft Shelley. Frankenstein. Este relato que habría de hacerse tan popular andando el tiempo, en especial al trasladarlo al cine, si bien de modo harto distinto a como la autora lo trazó en su novela, se escribió entre 1816 y 1817, si bien su edición inicial data de 1831, por los editores Colburn y Bentley, en Londres. Lógicamente, el personaje se refiere aquí a un indudable paralelismo entre el monstruo de Mary Shelley y el que protagoniza esta historia, en algunos puntos*)

No supe de qué hablaba. Quizás porque yo nunca había sido dado a leer libros ni cosa parecida. Tuve una educación aceptable, pude haber sido un hombre de posición media, un empleado de banca o cosa parecida, o quizás una persona de negocios. Pero en vez de eso fui un asesino. No podía culpar a nadie salvo a mí mismo. O, en todo caso, a mi cerebro enfermo.

Es curioso, pero uno siempre se cree menos culpable si una parte de su ser puede ser acusada del mal que hacemos. Supongo que en mi caso no tenía razón de ser, porque mi cerebro era yo mismo. Me pregunté por qué ahora pensaba de modo diferente, por qué parecía causarme horror la sola idea de causar daño a alguien...

Ella daba la impresión de estudiar mi gesto, de examinarme como un entomólogo vigila cada detalle de su nuevo ejemplar minuciosamente. Había mucho de fría profesionalidad en su modo de observarme. Como si yo no fuese para ella un ser humano.

¿Es que lo era, realmente?, me pregunté con una sensación creciente de angustia. ¿Puede un ser humano volver a la vida después de colgar de una

soga? ¿Qué estaba ocurriéndome realmente, qué hacía yo allí, en aquella cámara repleta de objetos científicos, rodeado de gentes extrañas que nunca había visto antes de ahora en toda mi existencia anterior como el asesino Leslie Graham?

—Soy la doctora Shirley Bowie —me explicó ella en ese punto, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos. Y me sonrió con cierta humanidad, aunque sus ojos azules continuaban fríos y calculadores, fijos en mí—. Formo parte del equipo del doctor Milton Giffard, a quien usted debe este retorno a la vida, Lesy. El tercer miembro del equipo es el doctor Cyril Maxwell, un joven y ya brillante neurocirujano.

Traté de preguntar algo, pero mi balbuceo fue torpe e incoherente. Pese a ello, la bella y rubia doctora Bowie pareció feliz al verme intentarlo, porque sus ojos destellaron alegremente y se inclinó hacia mí, radiante.

—¡Bravo, Lesy! —aprobó—. Está haciendo notables progresos en sus intentos por hablar. Las cuerdas vocales van respondiendo, pese al daño sufrido por su garganta a causa de la soga. Va en realidad mucho más de prisa de lo que podíamos imaginar en principio. Eso va a alegrar mucho al doctor Gifford, estoy segura.

Moví la cabeza con desaliento. Me era imposible decir nada, hablar con ella de una forma coherente. Sólo escapaban de mi garganta balbuceos y gruñidos que nada significaban, para desesperación mía. Me miré las manos, alzando ligera mente la cabeza Descubrí las anchas fajas de cuero que sujetaban mi cuerpo a la mesa, así como otras envolviendo mis brazos y piernas.

Tenía las manos muy pálidas, marcándose las venas en ellas como una red de líneas azules. Las uñas estaban muy cortas. Recordé vagamente que, cuando iba a la horca en

Newgate, mis uñas habían crecido demasiado y estaban sucias. Eso no sucedía ahora. Evidentemente, cuidaban mi cuerpo con toda atención. Observé que un pantalón gris y una camisa eran toda mi indumentaria. También mis pies, manicurados y pulcros, aparecían desnudos. Moví los dedos de las manos y pies sin dificultad. Al parecer, era capaz de toda clase de movimientos. Sólo la palabra, de momento, me estaba vedada.

—Supongo que se está haciendo un sinfín de preguntas, Lesy —dijo ella, tratando de entender mis movimientos o quizá leyendo en mi rostro el estupor que todo aquello me producía—. Yo creo que podré sacarle de dudas en poco tiempo Por ahora, debe bastarle con saber que está a salvo, que nadie va a causarle ya daño alguno, y que es el primer hombre en la Historia que vuelve de la tumba gracias a la Ciencia, amigo mío. Es un privilegio que debería hacerle feliz Muy feliz. Nadie tiene la facultad de morir y volver a la vida. Usted, si.

Lo cierto es que no me sentía feliz. Algo, en todo aquello, me causaba un profundo temor. Casi prefería haber muerto. Desde que colgué en la horca, sobre la trampilla del patíbulo de Newgate abierta bruscamente bajo mis pies,

rompiéndome el cuello y quedando pendiente de la soga, hasta el momento de despertar en el laboratorio del doctor Gifford, una zona de sombras invadía mi mente.

No recordaba nada. No sabía lo que era la Muerte, lo que había al otro lado, pese a que estuve muerto durante un tiempo cuya duración ignoraba. Había sido como un sueño apacible y reparador. Un descanso para el alma atormentada de un asesino enfermo y cansado.

Ahora, de pronto, todo aquello continuaba. Leslie Graham volvía a vivir. No, no podía sentirme feliz. Ni siquiera sabía para qué me habían devuelto la vida aquellos nuevos dioses que eran los cirujanos y médicos que me rodeaban en el misterioso lugar de mi resurrección.

—Los planes del doctor Gifford respecto a usted, mi querido amigo, puedo anticiparle que son los mejores del mundo —suspiró la doctora Bowie, tratando acaso de tranquilizarme al captar el desasosiego y la inquietud en mi rostro—. Va a ser mostrado al mundo como la obra de un genio, la prueba evidente de que un hombre puede asemejarse a Dios y dotar de vida a un cuerpo muerto. La Ciencia no debe ser considerada cosa del diablo, sino algo beneficioso para todos los humanos, especialmente cuando las intenciones del científico son las de mejorar las condiciones de vida de los hombres. El doctor Gifford ha logrado dominar, al fin, la vida y la muerte. Usted será el pasmo del mundo. Nadie será tan famoso corno el redivivo Leslie Graham. Su cerebro ya no sufre mal alguno. Su dolencia mental, esa psicosis de maldad que lo conducía a matar, a destruir a los demás, ha sido definitivamente extirpada de su cerebro por el doctor Maxwell. El ha descubierto que hay una zona en la masa encefálica humana donde está impresa la conducta como en un libro. Basta borrar las páginas de ese libro y reeducar esa zona del cerebro, para que un criminal peligroso sea noble e inofensivo como un niño. Ese es su caso, Graham. Legalmente, ya nadie puede juzgarle ni condenarle por lo que hizo en vida, puesto que pagó por sus crímenes y fue previamente juzgado. Ahora es otra persona, un hombre nuevo. ¡El mundo será suyo cuando lo recorra, como evidencia viviente de que la Ciencia ha logrado, al fin, su primera victoria sobre la Muerte!

La doctora Bowie parecía realmente entusiasmada hasta el fanatismo con todas esas ideas En vez de sentirme esperanzado por sus palabras, de pronto sentí miedo. Miedo de ella, de sus colaboradores, de la Ciencia. Y de mi misino.

Ya ni siquiera era Leslie Graham, el asesino. Mis malos pensamientos, mi mente criminal, habían sido borrados, según sus palabras. Yo era un ser nuevo, diferente. Pero, ¿era eso legítimo? ¿Podía el ser humano pretender igualarse a Dios y dar la vida o la muerte a voluntad? ¿Sería todo en el futuro tan hermoso como ella lo pintaba... o algo oscuro, oculto y terrible iba a caer sobre todos ellos y sobre mí mismo, como castigo divino a tanta soberbia?

No podía saberlo. Pero, en esos momentos, sentí más terror que nunca al futuro. Ni siquiera pensé que serían los demás los que tenían que sentir terror

por mi persona.

Porque, a fin de cuentas, yo era ahora un muerto que volvía de la tumba, un ajusticiado que resucitaba, un asesino a quien la Justicia de los hombres no había logrado destruir.

Era, en suma, un monstruo.

* * *

—¿Un monstruo? ¿Es eso lo que piensa, Lesy?

Miré vagamente al hombre que me hacia la pregunta, al triste paraje en derredor mío, en aquella casa aislada, en los alrededores de Londres. Un lúgubre jardín rodeado de altos muros, donde la hierba crecía alta y silvestre, los árboles eran desnudos troncos de ramas sin hojas, meciéndose a impulsos del frío cierzo otoñal, y donde, todo pañete sombrío y melancólico.

Asentí, repitiendo con mi dificultoso, torpe modo de hablar:

—Sí, doctor Gifford... Un monstruo. ¿Qué otra cosa puedo ser?

—No diga tonterías —paseó por el pequeño jardín cuadrangular, al que asomaban ventanas y puertas de cristales polvorientos. Aquel, de momento, era el único recinto al aire libre por el que me estaba permitido pasear. La mansión del doctor era mi prisión. Me sentía en ella como cuando era un reo a muerte en Newgate. Sin embargo el doctor Gifford era un hombre tranquilo y apacible, que hablaba suave, casi dulcemente, mientras paseaba a mi lado haciéndome compañía por las tardes cuando no nos impedía salir al jardín un frío excesivo, la lluvia o la nieve. Prosiguió ahora, sonriéndome animoso—: Usted nos ha costado mucho trabajo y dinero.. Lesy. No fue tarea fácil fingir la existencia de unos parientes del ajusticiado Leslie Graham, reclamar legalmente su cadáver y traerlo aquí, para iniciar la tarea de resurrección en su cuerpo. Debíamos evitar, por encima de todo, que sus tejidos se descompusieran, que sus ojos llegaran a destruirse y su cerebro a perder la totalidad de sus células, muchas de las cuales ya estaban muertas cuando comenzamos la serie de minuciosas operaciones de neurocirugía. Los ojos, querido amigo, es lo primero que el cuerpo humano pierde, puesto que se descomponen con rapidez. Devolver a la sangre su estado licuado, reactivar corazón y cerebro y devolver las funciones vitales mínimas a su organismo inerte, fue una tarea de titanes. Varias veces estuvimos a punto de renunciar y espiar la posibilidad de conseguir otro cadáver con el cual experimentar de nuevo. Pero superamos dificultades y desilusiones, y seguimos adelante. Soldar su fractura cervical también fue algo sumamente delicado y dificultoso, puesto que nadie en el mundo, excepto yo, ha sido capaz de unir la médula espinal ya rota, daño irreversible para el ser humano en todos los casos, fue, amigo mío, una labor gigantesca, de la cual nos sentimos orgullosos. Después de dos largos meses, podemos afirmar, por fin, que hemos recuperado a un hombre, a un ser viviente, sacándole de las sombras de la muerte para traerle a la vida. ¡Y usted se califica a sí mismo de

monstruo, en vez de admitir que es una nueva maravilla de la Ciencia!

—Usted, doctor, ve las cosas de un modo. Yo, de otro —suspiré, expresándome con la dificultad propia de quien empieza a hablar, pero ya logrando hacerme entender con aquella torpe voz que ahora escuchaba brotar de mi dañada garganta—. Para usted, soy un milagro viviente. Para mí, me considere una atracción de feria. Y no de otro modo piensan utilizarme, por lo que me refirió la doctora Bowie...

—Bueno, es posible que piense así por verse exhibido en público. Pero tenga usted en cuenta que nadie va a contemplarle como tal atracción de barraca de feria, seno como un hombre, el único, que volvió de entre los muertos, un Lázaro a quien yo, el doctor Giffard, le dijo "¡levántate y anda!", para asombro de esta época y de otras futuras.

Era un hombre lleno de arrogancia y orgullo, un científico dominado por la soberbia comprensible de su gran éxito, pensé preocupado. Para él, yo ni siquiera contaba como ser humano. Era solamente su cobaya predilecto, el resultado casi mágico de un experimento único y aterrador.

—Es posible que usted tenga razón, doctor —dije, encogiéndome de hombros y mirando hacia el frío cielo gris que servía de bóveda al triste jardín abandonado—. Pero todo esto me desconcierta, me aturde... Creo que tengo frío. Y cansancio también

—Muy cierto —me miró bondadosamente—. Perdone, Lesy. Creo que no debí permitir que paseara durante tanto tiempo a la intemperie. Es un día gélido, y su salud aún no es demasiado sólida tras lo que le ha tocado vivir. Vamos adentro. Esta noche vamos a tener una cena especial los cuatro. Y les expondré a todos el plan trazado para mostrarle, al fin, por primera vez en público, para pasmo del mundo. Vamos, mi querido amigo. Y no vuelva a pensar siquiera en esa barbaridad. Usted no es ningún monstruo, sino un hombre que ha vuelto a la vida, y que ahora posee un cerebro sano y equilibrado, muy diferente al de Leslie Graham, el psicópata asesino del pasado. Ese hombre murió realmente en Newgate. Usted ya no tiene con él nada en común, debe creerme...

Me pasó amistosamente un brazo por los hombros y me condujo al interior de la lóbrega y solitaria casa. Yo no podía saber, en esos momentos, la clase de espantosa y sangrienta tragedia que aquella noche iba a empapar de sangre los muros de aquella mansión aislada, donde yo había vuelto a la vida.

* * *

Todo sucedió después de la cena. No sé aún claramente cómo tuvieron lugar los acontecimientos. Es un recuerdo confuso en mi mente. Algo demasiado horrendo para evocarlo con agrado.

Lo cierto es que sucedió, y que eso empezó a marcar el principio de la espantosa pesadilla en que se convirtió mi existencia por segunda vez, tras haber sido convertido en lo que consideraba el doctor Giffard “un hombre

nuevo" y yo, simplemente, un “monstruo”.

La cena había sido frugal pero amable. La doctora Bowie sirvió la mesa al doctor Giffard, al doctor Maxwell y a mí. Además de la luz de gas de la casa, encendieron velas en los candelabros, para adornar la mesa. Tenía todas las trazas de ser un auténtico acto social, todo un acontecimiento para ellos tres. Yo, como de costumbre, me sentía ante ellos como el simple objeto de una urna, el ejemplar único del que presumir ante la humanidad entera.

Hubo un momento en que la charla se convirtió en discusión algo viva, y ésta subió de tono cuando el doctor Giffard declaró que iba a asumir toda la responsabilidad del caso, dejando de momento en la sombra a sus dos colaboradores, como único autor del prodigio científico. Giffard trató de convencer a sus colegas de que era preferible así, para explotar de modo adecuado las circunstancias y que, tras la presentación oficial del “resucitado”, sería el momento de exponer con calma los hechos y presentarles a ellos en público. La doctora Bowie se mostró indiferente, como si la popularidad y el prestigio la tuviesen perfectamente sin cuidado. Pero el rubio y joven doctor Cyril Maxwell tuvo una reacción muy distinta.

Pálido y furioso, se puso en pie, derribando su copa de vino, y dijo con tono seco y agresivo al doctor Giffard que él era tan autor de la criatura como el propio Giffard, y exigía su parte de honores y prestigio en la obra, sin renunciar a nada en absoluto. Giffard le replicó que discutirían eso con más calma al otro día, y el doctor Maxwell, con un portazo, se retiró del comedor, tras derribar su silla.

La fiesta se había echado a perder, evidentemente. El doctor Giffard me miró con aire lastimero, y dijo que las personas se volvían habitualmente quisquillosas y desconfiadas cuando el éxito se les subía a la cabeza. Nos deseó las buenas noches a todos y encargó a la doctora Bowie que, como de costumbre, me llevase a mi aposento para descansar.

Me habían destinado una habitación en el ala norte del edificio, donde dormía completamente solo, sujeto a la cama por correas, como cuando desperté de mi sueño de muerte, al parecer por si algún comportamiento imprevisible me alteraba durante la noche. Dócilmente, como siempre, me dejé ligar. Luego, la doctora apretó una de mis manos, me miró a los ojos dulcemente y me deseó, retirándose hacia la puerta:

—Buenas noches, Lesy.

—Buenas noches, doctora —respondí—. Y gracias por todo. Es usted muy buena conmigo...

—Bah, no diga eso —rechazó ella, guiñándome un ojo—. Tengo la obligación de cuidar de usted, eso es todo.

—Es la primera mujer que se porta bien conmigo, después de Norma —dije.

—¿Norma? —ella me miró pensativa, tomando de encima de una repisa el quinqué que alumbraba la habitación. Era orden del doctor Giffard no dejar luces en mi alcoba durante la noche—. ¿Quién es ella?

—Fue novia mía cuando... cuando yo era Leslie Graham —suspiré—. Era muy bella. Me amaba locamente. Ella me hizo sentir menos odio por las mujeres y me hizo olvidar a la borracha de mi madre, que siempre me golpeaba brutalmente, hasta hacerme sangrar, para que fuese a robar unas monedas para su ginebra.. Norma era diferente. Suave, delicada, espiritual... La quise mucho. Y ella a mí. Por entonces aún no había., no había matado a nadie.

—Está bien. Olvide eso, Lesy. Usted ya no es aquél —me miró, compasiva—. ¿Qué fue de ella, de Norma?

—Murió —dije sombríamente—. Yo la maté.

—Cielos... —el quinqué osciló en su mano. La vi estremecerse—. Duerma. Lesy. Olvide, por favor. Ya no queda nada de aquella maldad en su mente.

—No quise hacerlo, ¿comprende? —un sollozo ahogó mi torpe voz ronca —. No quise... pero la maté. Ahí empezó todo para mí. Ella... ella vino un día con dinero para medicinas. Me dolía mucho la cabeza por entonces. Logré saber cómo había conseguido ese dinero. La infeliz, al verme sufrir, sin medios para curar mis dolores, había ido a una taberna y se había acostado con un tipo, sacando así dinero para la farmacia. La pobrecilla me lo confesó. Yo me enfurecí. La cogí por el cuello, le censuré ferozmente lo que había hecho... Cuando quise darme cuenta, colgaba de mis manos sin vida, con los ojos desorbitados, la lengua fuera... ¡Oh, Dios! La besé, la abracé entonces... Lloré. Pero no podía hacer nada. Yo no soy el doctor Giffard. No pude devolverle la vida. Por odiar su modo de ayudarme, por no querer hacer de ella una perdida, la había matado... Huí de allí, mis dolores de cabeza aumentaron por días... Creo que fue el inicio de mi trauma homicida... Lo siento, doctora. No debí hablarle de todo eso.

—Claro que sí, Lesy —me sonrió, pálida pero serena, desde el umbral—. Ahora está más tranquilo. No tuvo culpa de nada. No se torture con ello. Duerma Ya no es usted un asesino. Hasta mañana, amigo mío.

Cerró la puerta. Me quedé en sombras, evocando su rubia figura, su bonito rostro y sus ojos azules. Fue la última vez que la vi con vida.

A la mañana siguiente, yo desperté en la escalera, empapadas de sangre mis ropas, mis manos. Allá ahajo, en el salón, los cadáveres del doctor Milton Giffard y de la doctora Shirley Bowie, yacían sobre regueros y charcos de sangre, con el rostro espantosamente desfigurado, sus cuerpos acuchillados ferozmente hasta morir.

El cuchillo, una enorme hoja de acero triangular, un trinchante de cocina, reposaba no lejos de mi mano, tinto en sangre humana. Lo miré con horror, aturdido, antes de dar me cuenta de que, frente a mí, sentado en un escalón, lívido y despeinado, el rubio doctor Maxwell me contemplaba desde detrás de un revólver negro, amartillado, encañonado hacia mí.

—Dios, Dios, ¿qué hiciste, Lesy? —me reprochó ásperamente—. ¿Por que tuviste que cometer esa carnicería, maldito seas? Ahora no sé... no sé si

matarte con este arma, Lesy... o entregarte a las autoridades por doble asesinato.

Sobrecogido, aterrado, no me moví, no supe qué decir. Sólo emití un gruñido sordo, casi inhumano, y me contemplé, despavorido, las manos empapadas de sangre.

Por entonces, naturalmente, yo aún no sabía que era él, el joven y rubio doctor Maxwell, el asesino de sus colegas y no yo.»

INTERLUDIO
(I)

Demudado. Peter Doyle dejó de leer.

Apartó sus ojos del manuscrito con un penoso esfuerzo. Le dolían los ojos. Elevó a tope la llama del quinqué. Y, de repente, recordó que el tiempo pasaba. Mientras leía, tenía que haber pasado mucho tiempo. Quizá demasiado.

Consultó el reloj. Pegó un salto en su asiento, poniéndose en pie vivamente.

—¡Las seis y media! —Exclamó, horrorizado— Oh. Dios mío. Coleen... ¿Cómo he podido olvidarme de ella, de la hora? Es muy tarde... Se habrá cansado de esperar. Ese maldito manuscrito... Seguro que todo es un puro cuento, una simple novela de ficción, una estúpida fantasía inspirada en ese horrible relato de Mary Shelley que la gente compra desde hace casi sesenta años como si fuese la Biblia de los fanáticos de la Ciencia... Hace falta ser estúpido para dejarme convencer por un escritor astuto y con cierto ingenio, simplemente. El señor Sotherland me llamaría cretino, idiota y torpe. Nunca llegaré a ser un asesor literario. Ni siquiera dejaré este asqueroso lugar como escribiente, ante esta mesa repleta de papeles y libros de cuentas... Al diablo con todo eso. Tengo que reunirme con C oleen. Ya leerá el lunes ese manuscrito, mientras llega el señor Sotherland...

Tiró el manuscrito sobre la mesa. En el fondo, se sentía avergonzado por muchas cosas. Sobre todo, por haber picado en aquel cebo tan absurdo. Su visitante de la tarde tenía que haber sido, simplemente, un escritorzuelo con imaginación. Se ideó una escena truculenta, y había resultado, al menos con él. Peter Doyle se estaba reprochando muchas cosas en ese momento. En especial, ser un perfecto imbécil capaz de creerse cualquier fantasía de un literato capaz de todo por colocar su original a un editor

Había dado dos pasos hacia la puerta del aseo, cuando se detuvo en seco. Un crujido leve lo provocó. Giró la cabeza.

El pomo se movía en la puerta de entrada. Estaba girando.

Se maldijo a si mismo Había olvidado incluso cerrar la puerta con pestillo.

Cualquiera podía entrar en las oficinas. Fuera, ya era noche cerrada. El viento hacía crujir los postigos de madera y silbaba lúgubremente en el patio interior. Se vislumbraban copos blancos rozando la vidriera de la ventana, y lejanas luces de gas en la calle, difuminadas por la neblina.

Permaneció quieto, rígido, la mirada fija en la puerta de la calle. El pomo siguió girando, muy lento. La madera emitió un seco y prolongado crujido. Peter Doyle respiró hondo y tragó saliva.

De pronto, ya nada le parecía tan fácil de explicar. Nada era cómico o estúpido. Y si, realmente, estaba leyendo las memorias de un auténtico monstruo, de un hombre ajusticiado, que emergió de su féretro tras haber sido

colgado en Newgate por asesino?

—¿Quién es? —preguntó roncamente, la mirada tija en la puerta que, lentamente, se iba abriendo. Una sombra se dibujaba en la rendija, recortándose contra la brumosa claridad de las farolas de gas blanqueando su luz entre la niebla y la nieve—. La oficina está cerrada. No se puede entrar...

La puerta se abrió un poco más inexorable. La sombra se materializó. Entró en el sombrío vestíbulo de la editorial. Una ráfaga de nieve y un soplo de viento helado penetraron en el recinto. La llama oscilo dentro del globo rosado del quinqué. Doyle se estremeció. La figura era apenas visible en las sombras. La puerta se cerró. Un chirrido de piel marcó las pisadas de un calzado negro, puntiagudo, haciendo crujir trozos de nieve sobre las baldosas.

La puerta vidriera cedió lentamente: una mano enguantada de piel negra la presionaba para entrar. Doyle, nervioso, alargó la mano, empuñando su cortapapeles de empuñadura de hueso tallado, con el emblema de la empresa editorial Sotherland.

Lo alzó, amenazador, la mirada fija en la sombra furtiva, impasible, que ahora cruzaba el umbral de la vidriera de separación con los escritorios.

—¡Quieto ahí! —ordenó, abrupto—. ¡No avance más o me veré obligado a atacarle!

La figura misteriosa se paró en la zona de sombras. Una voz suave, aterciopelada casi, sonó con ironía:

—Muy bonito. Primero me das plantón y ahora me amenazas como si fuese un merodeador.

—¡Coleen! —Exclamó Peter, atónito—, ¡Tú!

—¿Quién esperabas que fuese? ¿Una corista del Pavillion? ¿O el propio Frankenstein?

Doyle torció el gesto. Se precipitó a por el quinqué, alzándolo en alto tras tirar el cortapapeles en la mesa. La luz se expandió por la lóbrega oficina con olor a humedad y vetustez. Iluminó un suave óvalo pálido, enmarcado en cabellos de un rojo cobrizo. Unos grandes ojos pardos le miraron desde el halo de luz dorada.

—¡Oh, no, por Dios, no nombres a ese horrible monstruo! —gimió Doyle amargamente—. Coleen, ven, querida... Yo te explicaré...

—Vas a tener que explicármelo muy bien. Son las siete menos veinte. Y teníamos que reunimos a las seis, ¿recuerdas? ¿Qué haces aquí tan tarde, tu solo? ¿Te has propuesto ser el futuro editor?

—No lo quiera Dios —murmuró Doyle llegando ante ella y abrazándola tras dejar el quinqué sobre una mesa—. Coleen, ¿cómo has decidido venir a buscarme?

—Entre oirás cosas, porque me sentía ridícula en ese salón de té, rodeada de viejas solteronas y viudas que cuchicheaban mirándome con aire de burla —se quejó ella, apartándole con cierto enfado—, ¿Hice mal en venir a este horrible y sórdido santuario donde te pasas tantas horas al día?

—Lo único que sé es que hiciste mal en entrar con tanto misterio.

—Compréndelo, éste no es un lugar que haya visitado antes. Me sentía cohibida, pero temía que te hubiera ocurrido, algo... Hay tantos sucesos violentos hoy en día, crímenes que no se resuelven...

—Crímenes... —repitió Doyle, asustado—. No. no hables de eso ahora, querida Prefiero que tratemos de cosas más agradables De ti, por ejemplo...

—¿De mí? —le miró airada, haciendo un mohín de disgusto con sus labios gordezuelos y muy rojos— Pues no parecías demasiado presuroso por tratar ese tema, ni tan si quiera por reunirte conmigo. ¿Se puede saber que haces aquí encerrado tan tarde?

—Eso quisiera yo saber, cariño —Doyle se paso una mano por la frente. Se sorprendió al notar que la piel le ardía. Era como si tuviera fiebre—. Creo que he sido un perfecto estúpido. Alguien trajo esta tarde un manuscrito, comencé a leerlo... y ni siquiera me di cuenta del tiempo transcurrido. No puedes entenderlo, lo sé, pero la verdad es que ocurrió así. Si pudieras disculparme... Iremos donde quieras. Coleen. Podemos cenar por ahí, ir al teatro esta noche... Cualquier cosa menos seguir aquí un minuto más.

—Como quieras. Pero ni siquiera te has afeitado. Tienes el pelo desordenado, las manos sucias...

—Estaré listo en un momento —Doyle se disculpó, avergonzado—. No tardaré. Puedes sentarte, si quieres. Oh, Coleen, no sé cómo excusarme por todo esto...

Se metió en el aseo. Coleen Randolph, su joven prometida, se quedó en pie junto a la mesa de Peter. Jugueteó distraídamente con los papeles. Sonrió, desarrugando su delicioso ceño al tocar la empuñadura del cortapapeles. Luego, sus ojos se clavaron en una superficie gris con unas letras en tinta negra. Se dilataron levemente las asombradas pupilas pardas. Alargó los dedos. Levantó la tapa gris, donde acababa de leer el sorprendente título: «Memorias de un Monstruo».

Y comenzó a leer en voz baja, mientras se sentaba en la silla ocupada habitualmente por su prometido:

—«El diecisiete de septiembre de este año de gracia de 1890, fui ahorcado en la prisión de Newgate...»

* * *

Peter Doyle salió del cuarto de aseo. Se pasó la mano por el rostro bien rasurado y los cabellos húmedos, recién peinados. Se miró las manos limpias.

—Creo que ya estoy bastante presentable para...

Se detuvo. Los ojos de Doyle se clavaron en su prometida. Se precipitó con rapidez hacia ella. Trató de quitarle el legajo de tapas grises que tenía en sus manos.

—Pero, ¿qué estás haciendo? ¿Qué lees? —preguntó, alterado.

—Al parecer, lo mismo que tú leías cuando llegué —dijo ella lentamente, levantando hacia él unos ojos muy abiertos y fascinados—. Es... es una

historia horrible. Peter. ¿Quién la escribió?

—No lo sé —confesó roncamente Doyle—. Ya te dije que la trajo un desconocido. No le vi el rostro. Dijo ser Leslie Graham. Naturalmente, eso no es posible. Graham fue ahorcado hace cuatro meses...

—¿De modo que es cierto? Ese hombre existió...

—Lo he comprobado en los diarios de entonces. Pero, naturalmente, todo eso es pura ficción, una simple novela fantástica... Alguien quiso copiar a Mary Shelley y su mundo de científicos y monstruos...

—Pero Peter, parece tan... tan real —susurró ella, estremeciéndose—. No da la impresión de ser una novela.

—Pura imaginación del autor. Lo ha escrito con mucha habilidad, eso es todo.

—«¿Estás seguro de que es todo? —dudó Coleen.

—No creerás en serio que ese hombre ajusticiado... fue vuelto a la vida por un grupo de médicos...

—Peter, he llegado a la página que tú tenias abierta....—Musitó la joven señalándole el punto donde Doyle terminara la lectura poco antes, en el pasaje que concluía con la muerte atroz de la doctora Bowie y del doctor Giffard—. ¿No es extraño que resulte tan fascinante este manuscrito?

—Sí, es posible. Pero es sólo eso: un relato de ficción, una fantasía...

—Yo... yo no estoy tan segura. Peter. Mira: sigue con otro asesinato... Y recuerdo muy bien que ese crimen es real.

—¿A qué te refieres? —se asustó Doyle, inclinándose sobre el manuscrito y mirando la siguiente página por encima del hombro de su joven prometida.

—A este momento del relato. Peter. Tras relatar aquí cómo el doctor Maxwell encañona a Lesy con un revólver... la narración da un brusco giro y... y habla de ese otro crimen que te mencioné... Fue una chica pública, una vulgar ramera... La asesinaron poco antes de Navidad de este pasado año del 1890, cerca del Támesis... Se llamaba Sue Clemens. Leí ese horrible suceso en los periódicos... y ocurrió tal como aquí se describe. Por favor, Peter, ¿quieres leerme ese párrafo inicial? Será sólo un momento. Cuando te canses, deja de leer. Ahora ya no importa que salgamos de aquí unos minutos antes o después. Pero por favor, lee eso, te lo ruego... Mira, aquí donde se inicia un nuevo capítulo de estas Memorias. Aquí, si...

El dedo de Coleen señalaba el lugar exacto. La línea inmediata a la que terminara de leer Doyle cuando le sorprendió la llegada de ella. Tragó saliva Peter. Se inclinó un poco más, puso una mano sobre el hombro de la muchacha, junto a sus ondulados cabellos rojos y, con la otra, tomó el legajo, comenzando a leer:

> «La chica se llamaba Sue Clemens, era una vulgar prostituía de las que deambulan de noche junto al río. Eso lo supe más tarde. Entonces, sólo sabía que debía matarla.
>
> Y la maté...»

DEL MANUSCRITO DE «LAS MEMORIAS DE LESLIE GRAHAM» (II)

«La chica se llamaba Sue Clemens. Era una vulgar prostituta de las que deambulan de noche junto al rio. Eso lo supe más tarde. Entonces, sólo sabía que debía matarla.

Y la maté...

Recuerdo que la infortunada muchacha —bueno, en realidad no era una muchacha propiamente dicha, puesto que su edad podía calcularse entre los treinta y cinco y cuarenta años, y el alcohol y su forma de vida habían hecho estragos en su belleza—, salió de una taberna próxima al Támesis, en la zona de Blackfriars, llamada "E1 Ancora y la Brújula", frecuentada por marineros, rameras y borrachos de todo tipo. Yo la seguí.

En dos o tres ocasiones, la mujer se volvió al oír mis pasos tras de ella. En principio, con cierta complacencia, pensando que sería un noctámbulo atraído por sus dudosos encantos ajados. Luego, empezó a inquietarse.

Tal vez recordó que había muchos agresores de mujeres en Londres, que las calles que debía recorrer eran solitarias y tortuosas, que la niebla hacia más intensa la oscuridad y apenas visibles las escasas farolas dispersas en la noche, y que mi insistencia en seguirla empezaba a ser sospechosa.

Lo cierto es que ella apresuró el paso. Pude oír su taconeo rápido en el mojado pavimento, negro y brillante como si lo hubieran rociado de pez. Yo aceleré mis pasos. Y ella, sin duda, lo notó. Capte en el silencio de la noche, solamente alterado por sus pisadas y las mías, un gemido ronco escapando de sus labios. Tenía miedo.

Estaba justificado que tuviera ese miedo a mi persona. Seguida en plena noche, en un barrio poco respetable, donde nadie movería un dedo por ayudar a nadie, para no verse mezclado en líos con la policía, viendo tras de sí a un hombre alto, fornido, envuelto en un gabán oscuro, con el rostro tapado por una bufanda y por el ala de un sombrero, no era precisamente para sentirse tranquila.

Llegamos a la altura de un pasaje angosto, de tantos como hay en Blackfriars y en Whitechapel, que conducía a un patio interior. Ella vaciló. Evidentemente, vivía allí pero no se atrevía a entrar en el estrecho pasaje oscuro que conducía a su sin duda miserable alojamiento en el patio de vecindad interior.

Luego, al verme emerger entre la niebla, en la cercana esquina, lanzó un leve grito de terror y se echó a correr, precipitándose al interior del patio, por entre las negras paredes de oscuros ladrillos ennegrecidos.

Yo la seguí con rapidez. Mis movimientos eran diestros y silenciosos. La alcancé a mitad del callejón. Ella se volvió, mirándome con terror, recortado

contra la bruma y los reflejos que entraban por la abertura del pasaje. Chilló despavorida, y su propio miedo le jugó una mala pasada. Tropezó, se le desprendió uno de sus altos tacones y cayó de rodillas, desgarrándose las medias de malla negra. Se quedó mirándome, agazapada ante mí, su rostro a la altura de mis muslos, los ojos desorbitados, la boca crispada. Alargó sus manos, de uñas rojas manicuradas, como pretendiendo evitar algo que presentía que iba a ser espantoso.

—¿Qué... qué pretende? —jadeó—. Tómeme. Soy suya... pero déjeme en paz... No le cobraré nada. Ni un penique...

Y obscenamente, se aferró a mis piernas, pugnando por seducirme, dejándome contemplar desde aquella perspectiva los enormes y algo fofos pechos que emergían de su exagerado descote.

Me incliné hacia ella. Moví mis manos enguantadas...

Me bastó con aferrar su cuello con ambas manos. Yo soy muy fuerte. Lo he sido siempre. Y ella era sólo una mujer. Sepulté mis dedos en su garganta, hundiéndolos casi con deleite. La oí gorgotear, pretender emitir gritos de angustia, de agonía.

No le fue posible. Apreté y apreté. El cuerpo se agitó en contorsiones grotescas, golpeando el suelo con sus rodillas y pies. La alcé en vilo con facilidad, pese a su volumen. La estrellé contra la pared. Una, dos, tres veces. Vi su expresión de infinito horror antes de que la sangre comenzara a chorrear violentamente por entre sus cabellos teñidos, hasta chorrear por su rostro desencajado. Tenía hundido el occipital, pero yo seguía golpeando, golpeando hasta aplastarle el cráneo, mientras mis dedos estrujaban su garganta destrozándola. La dejé caer luego, con un jadeo.

La desdichada rodó por el callejón como un tardo, yendo a hundir el rostro en un reguero de aguas fétidas, que pronto enrojecieron con su sangre. La miré indiferente, y di media vuelta. Me alejé del cuerpo sin vida. Abandoné el callejón.

Estaba ya bastante lejos cuando oí silbatos de la policía rasgando la noche. Alguien había debido acudir al oír ruido en el pasaje. Pero ya era tarde. Subí a un carruaje y le di la dirección de la vivienda del doctor Giffard.

Ya lo había hecho. La ramera Sue Clemens estaba muerta.

* * *

—Bien, amigo Lesy. Perfecto. Esa furcia no volverá a contagiar su sífilis a nadie, estoy seguro.

Fue su único comentario mientras comía con delicados ademanes unos huevos cocidos y jamón ahumado, y un tibio sol invernal entraba por las vidrieras polvorientas de la aislada mansión.

Yo me quedé contemplándole en silencio, carente de emociones. El doctor Maxwell rió, tomando un sorbo de zumo de naranja, antes de cortar una loncha de jamón con el cuchillo de plata y llevarlo a la boca. Me miró

mientras masticaba.

—Eres el perfecto amigo y colaborador, Lesy —comentó suavemente con una sonrisa—. Creo que hice bien aquella noche no entregándote a la justicia ni volándote la cabeza de un balazo. Ahora, los infortunados doctores Giffard y Bowie yacen en el jardín, bajo los árboles sin hojas, y nadie les echará en falta.

Siguió tomando su desayuno, con modales de un auténtico gentleman, y, tras un suspiro, prosiguió:

—Naturalmente, no es esto todo lo que espero de ti, Lesy. Necesitas matar a alguien más. La ramera fue solamente el principio. El principio de una tarca que va a reportarnos una verdadera fortuna.

—No, no quiero —me encogí instintivamente—. No quiero matar, doctor..

—Vamos, vamos, Lesy, no digas tonterías. Eso, para ti, es tan sencillo como para mi comerme este desayuno. No irás a volverte escrupuloso ahora... Dijiste que me servirías en todo si no te devolvía a esa gente para terminar de nuevo en la horca, ¿ya no lo recuerdas?

—Sí, si... —gemí—. Borrosamente, doctor. Recuerdo que le prometí algo... antes de que aquella noche cayera enfermo y usted... usted me atendiera, operándome de nuevo el cerebro... No... no me habrá cambiado de nuevo mi., mi conducta, verdad?

—Oh, claro que no —rechazó él, riendo suavemente—. ¿Crees que destruiría así la gran obra del doctor Giffard? Solamente te di unos leves retoques quirúrgicos en tu encéfalo, para evitarte reacciones violentas como la que te llevó a matar a los doctores Giffard y Bowie aquella espantosa noche, amigo mío.

—Pero ahora... sigo matando —protesté débilmente, sin entender demasiado bien aquellas palabras del joven cirujano—. ¿Por qué tengo que hacer daño a nadie? No me gusta ver sangre, destruir vidas... No he sido resucitado para eso...

—Por supuesto, mi querido Lesy —rió el doctor Maxwell con expresión de simpatía hacia mi persona—. Pero a ti tampoco te hubiera gustado ser una simple atracción de barraca de feria, ¿no es cierto?

—No, no —convine aturdido—. No quería verme exhibido por ahí...

—¿Lo ves? Así nadie te verá, nadie sabrá de tu existencia, amigo Lesy. Y ambos nos haremos ricos. Muy ricos.

—¿Ricos? ¿Por qué? —quise saber

—Oh, es largo de contar. Hay gente que paga por ver morir a otras personas. Gente que es incapaz de hacer lo que para ti es tan sencillo. Esa ramera, por ejemplo, era una zorra repúgname. Estaba llena de sífilis. Había contagiado su mal venéreo a cierta persona. Y esa persona la odiaba hasta el punto de desear su muerte. Yo conocí a esa persona y le propuse un buen negocio. Aceptó. Ahora, la ramera está muerta y nuestro cliente, vengado. A cambio de eso, nosotros recibimos una fuerte suma de dinero. Si, amigo mío. Es un buen negocio para ambos. Pronto seremos ricos, y podré recompensarte

debidamente.

—Yo no quiero dinero —protesté—. No quiero nada, sólo vivir en paz.

—Claro que vivirás en paz, muchacho —asintió el doctor Maxwell—. Te lo prometo. Pero antes tenemos que asegurar nuestro porvenir: el tuyo y el mío. Ahora, es preciso deshacerse de un médico...

—¿Un médico? —Balbuceé yo, mirándole con asombro— ¿Qué médico?

—El doctor Anthony Quine. Es un médico importante, de la mejor sociedad londinense. No te será tan fácil acabar con él como con aquella furcia, pero confío en ti. En tu fuerza, en tu habilidad... Sí. Lesy, juntos tú y yo, haremos grandes cosas, ya verás.

Yo no lo entendía muy bien. Desde que había vuelto a operarme, tras la crisis que me provocó el doble asesinato de aquella noche, mi mente estaba bastante confusa, y una mezcla de sentimientos se confundía en mi persona. A veces deseaba realmente desahogarme en alguien, destrozándolo con mis manos. En otras ocasiones, sentía rabia y desesperación por no poder eludir mi destino de criminal.

Lo cierto es que no me gustaba la idea de volver a matar a alguien. Sin embargo, cuando llegó el momento de asesinar al doctor Quine, que tenía su consulta en la mejor zona de Marley Street, lo hice limpia y eficazmente.

* * *

Era un hombre de mediana edad, elegante aspecto, cabello blanco y largas patillas, bigote frondoso y mejillas rojizas. Vestía un elegante traje a cuadros cuando le vi frente a mí por primera y última vez.

Llevaba su negro maletín profesional y abandonaba una de las mejores residencias de Kensington. Subió a su carruaje y ordenó al conductor que permanecía sentado en el pescante una dirección concreta. La noche brumosa era fría y desapacible. Una especie de llovizna pertinaz y muy fina calaba hasta los huesos. El carruaje se puso a rodar por el empedrado. Lo que el doctor Quine no sabía es que el cadáver de su cochero permanecía tendido cuan largo era bajo el pescante, y que era yo quien conducía ahora los caballos, en sustitución del estrangulado conductor que yacía a mis pies

Le conduje por donde quise, hasta detener el carruaje en una zona solitaria, no lejos de Kensington Gardens y Hyde Park Cuando comprendí que había llegado al lugar adecuado, detuve el carruaje. Oí el puño del bastón del doctor golpeando el techo del carruaje, y su voz interpelándome:

—Eh. Harry, ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué se detiene ahora? —Y sin duda echó una ojeada por la ventanilla, porque añadió con rapidez, elevando la voz—: Por todos los diablos, ¿dónde estamos, Harry? ¿Adónde me ha traído?

No le respondí. Había llegado a la portezuela. La abrí, enfrentándome con él. Se quedó mirándome. La oscuridad era muy intensa pero él estaba habituado ya a ella, y advirtió algo raro en mi persona Le vi dar un respingo y

acurrucarse en el fondo del vehículo, con su bastón enarbolado como si fuese un arma.

—Usted... ¡usted no es Harry, mi cochero! —Clamó, asustado, agitando el bastón—. ¿Quién es usted, que pretende? ¿Dónde está Harry?

—No se preocupe por él, doctor —suspiré—. Descansa tranquilo Usted también descansará muy pronto...

—¿Se ha vuelto loco? ¿Qué es lo que va a hacerme? ¡No se acerque a mí! ¡Gritaré y la policía acudirá en seguida!

—¿A este lugar? —reí sarcástico—. No diga tonterías, doctor Quine. Nadie vendrá a salvarle, esté seguro...

Entré en el carruaje. Me lanzó un bastonazo que me pegó en el hombro. Le arranqué el objeto de un simple tirón, y quedó desarmado. Se acurrucó, todavía más aterrado. Yo me incliné hacia él

—No se resista, doctor —le susurré—. Todo será así más fácil, menos doloroso... No quiero hacerle daño. Pero debo matarle...

Gritó. Gritó horriblemente. Y se resistió, haciendo las cosas más difíciles. Pero no podía nada ante mi fuerza física y mi juventud. Le aferré con ambos brazos, le atraje hacia mí y le rompí el cuello y varias vértebras de su espalda. Sentí crujir su cuerpo como si estuviera hecho de yesca seca y al soltarlo, tenía desorbitados sus ojos, la boca abierta, babeante, y la espalda y la nuca dobladas en dos. Cayó pesadamente al suelo del vehículo, donde se quedó inmóvil. Yo me aparté del carruaje. Envolví mejor mi rostro en la bufanda, porque sentía frío. Luego, cerré la portezuela y me alejé de allí. La niebla pronto envolvió el carruaje, a mis espaldas, difuminando sus oscuros perfiles totalmente.

* * *

Los días siguientes fueron muy agitados para mí.

Recuerdo que leí en los diarios las noticias sobre la muer te de Sue Clemens, así como los excitados comentarios de la prensa acerca del asesinato del doctor Quine y de su cochero, Harry Bolton. Se hablaba de un posible sádico, de un monstruo de maldad que andaba suelto por Londres. Pero no se relacionó un hecho con el otro. Después de todo, los escenarios de ambos sucesos habían distado mucho entre sí y nada parecía tener en común una vulgar ramera con un prestigioso médico de la buena sociedad londinense.

A mi todo eso me tenía sin cuidado. Mi aturdimiento era cada vez mayor, mis pensamientos parecían flotar en una bruma tan espesa como la que aquel otoño envolvía a la ciudad de Londres, y creo que no tenía noción exacta de nada, como si mi mente estuviese rodeada de algodón en rama, adormeciendo mis sentidos.

Lo cierto es que ya todo empezaba a darme igual, y que incluso sentía un nuevo y creciente placer en matar, en destruir a personas que no conocía y

que no me habían causado daño alguno en la vida.

Por eso mis siguientes crímenes fueron relativamente sencillos y fáciles. Y hasta empezaron a darme una satisfacción que yo creía ya olvidada desde el momento en que Leslie Graham, el asesino, había resucitado de su féretro del presidio de Newgate.

El joven doctor Maxwell me decía siempre a quién debía de asesinar. Me facilitaba los datos precisos para sorprender a la víctima en las mejores condiciones posibles para mi lúgubre tarea.

Así, me fue sumamente fácil matar al abogado Clive Robertson, un conocido hombre de leyes con bufete en el centro de Londres. Le seguí una noche intensamente lluviosa a través de varios locales nocturnos, hasta que fue a parar a un discreto lupanar donde acostumbraba a reunirse con una negra de grandes senos y enormes formas físicas, con la que se encerraba en un reservado durante horas.

Les sorprendí a ambos en plena intimidad. La negra era una maciza oriunda de las Colonias, y sin duda, su raza y sus exageradas curvas eran lo que enloquecía de placer al elegante abogado londinense, entregado así secretamente a sus debilidades sexuales. Me costó terminar con su vida, porque tuve que enfrentarme a los dos.

La negra era dura, resistente. Logró clavarme sus malditas uñas en mi rostro, arrancándome en la lucha la bufanda. No tuve piedad alguna con ella cuando logré tenerla bajo mis rodillas, hincadas éstas en sus gigantescos senos. Le rompí la nuez de varios puñetazos brutales, ensañándome en verla girar alocadamente sus ojos en las órbitas y sacar su gruesa lengua por entre los carnosos labios, en busca de aire. Se quedó rígida, grotescamente desfigurada por aquella última crispación facial suya, al sorprenderle la muerte.

Después, me ocupé del abogado, sintiendo sangrar las dolorosas huellas del zarpazo femenino en mi mejilla. El tal Clive Robertson había quedado medio inconsciente en la pelea, antes de que matase a su amante negra. Me bastó inclinarme sobre él, romper una botella de champaña que consumía en compañía de su amiguita, y con los punzantes vidrios destrocé brutalmente su rostro y su cuello. Le oí aullar, desesperado, antes de que la sangre, impetuosa, violenta, brotara de sus horribles, profundos desgarros, salpicándome manos, rostro y ropas.

Le deje entre almohadones de raso, debatiéndose en una hemorragia brutal, y escape del lugar lo más rápidamente posible. Pero esta vez, alguien del lugar había dado ya la alerta, y los silbatos policiales comenzaron a sonar en la calle, entre la bruma, rodeándome como un cerco amenazador.

Miré en todas direcciones, buscando desesperadamente una escapatoria. Mi rostro seguía sangrando, me dolía intensamente, y sabía que mis ropas, guantes y cara estaban llenas de la sangre que escapara de las heridas hechas con la botella rota.

—Ahí está! —Gritó la voz de un policía súbitamente, no lejos de mí—.

¡Es él, seguro! ¡Que no escape!

Nuevos y estridentes sonidos de silbatos acudieron a la llamada del policeman que me había descubierto. Giré la cabeza, aturdido, buscando una evasión de tan peligroso trance. La sombra negra del policía, con su capa corta, su casco y su linterna en una mano, avanzó hacia mí. Ignoraba si era un agente armado o no. pero no podía detenerme a averiguarlo. Estaba acorralado, rodeado por primera vez, y esto me trajo recuerdos borrosos del pasado, cuando Leslie Graham fue sorprendido por la policía en una redada, y su evasión terminó en una celda de Newgate y, posteriormente, en el patíbulo.

Desesperado, di media vuelta y corrí en dirección opuesta. Pronto me paré en seco La luz de otra lámpara hirió bruscamente mi rostro. Apareció bailoteando en la niebla, suspendida de la mano de un policía. Otro agente le seguía, y vi brillar un arma en su mano. Era un hombre armado de Scotland Yard. Esto era peor.

—¡Alto! —me ordenaron—. ¡No intente nada o disparamos!

Sabía que, si me entregaba, no tendría la menor posibilidad de salvación. Imaginarían que Leslie Graham había burlado al verdugo, logrando escapar. Nadie creería la verdadera historia de mi segunda vida. De modo que no les daría la oportunidad de volver a ahorcarme.

Lancé un aullido de ira que debió resonar como el de una fiera herida y acosada. Incluso el policía de la lámpara se sobresaltó, impresionado por mi grito.

—¡Mire su rostro! —gritó el otro—. ¡Va empapado de sangre por todas partes! ¡Es como un fantasma, un monstruo horrible...! ¡Dispare antes de que intente escapar!

Oí el pistoletazo, y una llamarada horadó las tinieblas. La bala me arranco el sombrero, y supe que no bromeaban. Me agazapé, lanzándome sobre el policía del farol, que no parecía ir armado. Lo derribé violentamente, haciéndole golpear la pared antes de caer de espaldas en el empedrado. Otro disparo retumbó a mi espalda, y oí silbar la bala muy cerca Pero yo tenía ya una vía de escape y por ella me deslicé, alejándome de mis enemigos.

Corrí desesperadamente a lo largo de una verja, me mecí dentro de un callejón y salí a otra calle. Enfrente, vi el acceso a una estación del «metro» de Londres, y por allí me precipité a toda velocidad, buscando la evasión en los túneles subterráneos de la capital. (*En 1890. Londres ya tenía «metro» o «underground» desde mucho antes, si bien entonces funcionaba a vapor y viajar en él era tan insano como molesto*)

Y así fue. El underground me permitió escapar de mis perseguidores, aunque la fuga a través de sus angostos túneles llenos de aire sulfuroso y vapores insoportables fue una verdadera pesadilla.

Salí a la superficie por otra estación distante, y comprendí que había burlado a los policías cuando no percibí señal alguna de vida en las desiertas calles difuminadas en la bruma. Alcancé un carruaje, pero supe que su cochero no me admitiría nunca como pasajero suyo al ver mis ropas

empapadas en sangre y mi rostro rasgado por las uñas de la negra De modo que resolví el problema del modo más rápido posible: salté al pescante, rompí el cuello del cochero, tirando su cuerpo a un callejón cercano, entre basuras, y subí al vehículo, partiendo con rapidez hacia las afueras, en busca de refugio en la vivienda que compartía con el doctor Cyril Maxwell.

Ahora sabía que estaba de nuevo en la senda de la sangre y la destrucción, que algo de Leslie Graham había quedado en mí, volviendo a dominar mi cerebro, y conviniéndome de nuevo en el feroz asesino que había sido antes.

Sólo que ahora, sin yo saberlo, estaba empezando a convertirme en un auténtico monstruo. No sólo por mi modo de destruir vidas ajenas, sino porque algo iba a cambiar en mi radicalmente, a causa de aquella noche en que matara al abogado Robertson y a su negra amante.

También iba a ser físicamente un monstruo desde ese mismo momento.

Pronto tuve conocimiento de ello, para horror mío.

* * *

Era un poco decepcionante ver que los diarios daban mayor importancia al hecho de que un joven de la mejor sociedad, como sir Brian Munro fuese a casarse con una joven y rica heredera de buena familia, que al hecho de que tres personas hubieran sido asesinadas la misma noche en las calles de la ciudad.

Y, sin embargo, así era.

Mientras la primera plana del Mail, del Mirror y del Guardian. entre otros, llevaban fotografías y dibujos del arrogante y guapo caballero que era sir Brian Munro, hijo de sir Arnold Munro, caballero muy unido al palacio de Buckingham y a la familia real, y amigo intimo del futuro rey de Inglaterra. Eduardo VII, hijo de la Reina Victoria, refiriéndose con detalles minuciosos a su inmediata boda con una bella dama de la sociedad londinense, las muertes del abogado Robertson, su negra amante y el cochero en otro punto de la ciudad, aparecían en la página de sucesos, sin que ningún periodista estableciera conexión entre ambos hechos, como una simple crónica negra más en la historia cotidiana de Londres.

Estrujé los diarios, arrojándolos a la papelera con disgusto. El doctor Maxwell soltó una risita al verme obrar así. Pero era la suya una risita dura, nerviosa, sin dejar de examinar mis profundos arañazos de ambas mejillas con suma atención

—Esa zorra negra le dejó buenas señales —comentó agriamente—. Ha desgarrado tu dermis y varias venas, además de dejarte la epidermis destrozada. Además, tiene indicios de infección, a pesar de la rapidez en limpiarte las heridas. Algo debió tocarte esos zarpazos provocando la infección

—Quizás la sucia sangre del abogado Robertson —me irrité— o cualquier otra cosa: suciedad, barro, no se... No puede ser tan malo, doctor Maxwell.

—Esperamos que no —suspiró tras aplicarme otra pomada y cubrirme las mejillas con unos apósitos—. Ve a descansar. Lesy, Será lo mejor por el momento. Estás agotado.

—Sí, creo que si —admití, caminando pesadamente hacia la escalera del viejo caserón—. Estoy muy cansado... Y asustado.

—¿Asustado? ¿De qué? —se extrañó el doctor Maxwell.

—De todo. Empiezo a darme cuenta de que me gusta matar. Otra vez soy un asesino, otra vez siento placer destruyendo vidas... ¿Por qué, doctor Maxwell? ¿Por qué? Cuando ya ha ocurrido, me siento muy desgraciado. Desearía morir. Y sin embargo, cuando me envía usted a matar a alguien... soy feliz. No podría renunciar a matar a la persona elegida...

—Eso va bien. Lesy —sonrió el joven médico, lavándose las manos en la palangana de porcelana, tras la curación de mis doloridas mejillas—. Recuerda que estamos ganando dinero mucho dinero. Sólo un par de muertes más, y podremos retirarnos de todo esto definitivamente. Entonces te daré tu parte y podrás elegir tu propia forma de vida. Nadie sabrá quién fue el asesino. Nadie te contemplará en una exhibición circense, como atracción de barraca de feria. Nadie sabrá que un experimento devolvió la vida a Leslie Graham después de ser ejecutado en Newgate. ¿No era eso lo que realmente deseabas?

—Si —musité, ya en la escalera—. Supongo que si... Pero no hubiera querido volver a matar jamás...

—Tonterías. Nadie escapa a su destino. Y el tuyo era precisamente ése: matar, destruir vidas implacablemente. Sólo que ahora no lo haces por simple placer, sino por dinero. Por mucho dinero...

—¿Dinero? —Me encogí de hombros—. No tengo ambiciones. No deseo dinero. Ni siquiera llevo encima una sola guinea...

—Yo te guardo tu parte, Lesy. Una fortuna cuando lodo haya terminado. Nos separaremos definitivamente un día, y no tardará mucho. Y entonces serás dueño de mucho, muchísimo dinero. Miles de guineas, ¿comprendes?

—No —musité, inclinando la cabeza—. No comprendo muchas cosas, doctor Maxwell. Pero tengo sueño. Estoy fatigado. C reo que será mejor que duerma...

Abandoné la sala. Creí oír carcajadas a mi espalda. Tal vez el doctor Maxwell se reía, una vez a solas. No me importaba lo que hiciese. No me importaba nada.

Me acosté. Me quedé dormido en seguida. Mis crímenes no me quitaban el sueño. Ni tampoco el dolor que sentía en mis dañadas mejillas Mi conciencia estaba muda, mi cerebro atrofiado. Yo no sabía por qué.

Pero pronto iba a saberlo. Cuando maté a Felicia Reed, la famosa actriz teatral, todo empezó a desmoronarse en torno mío. Y, paradójicamente, todo cobró una nueva y terrible dimensión en mi vida actual.

Entonces supe que era realmente un monstruo. Y que un Dios justiciero, sin duda alguna, había empezado a señalarme con el estigma maldito de mi

sórdida y siniestra condición.

Sólo que, para ese momento, era ya demasiado tarde para todo. Para arrepentirme, para volverse atrás. Para todo... menos para desear mil veces la muerte.

Todavía resuena en mis oídos, como si hubiese sido proferido hoy mismo, hace sólo una hora o unos minutos, el espantoso grito de terror de Felicia Reed, la actriz del Haymarket Theatre, cuando la ataqué en su camerino.

Ella se había echado atrás, golpeando su tocador, derribando sus potes de maquillaje y polvos, haciendo temblar el espejo alumbrado por las lámparas de gas. Su mirada alucinada se clavaba en mí, con una mezcla de horror y de angustia. Mis manos enguantadas aferraban su marmórea garganta con rabia, sus hombros desnudos temblaban, su cabello rubio oscuro se había desprendido en guedejas onduladas en total desorden...

Y una de sus enjoyadas y pulcras manos de aristócrata de la escena me arrancó en ese instante la bufanda, en su forcejeo por defenderse de mí, en la angostura de su camerino teatral.

Entonces la vi desorbitar los verdes ojos, emitir un alarido ronco, terrible y largo, como si se enfrentase a la propia faz descarnada de la muerte.

Confieso que me sorprendió su forma de gritar, su gesto al mirarme. Y yo mismo, involuntariamente, desvié los ojos de su aterrado rostro, para contemplarme a mí mismo en el espejo oval...

Fue espantoso.

Por primera vez, me vi a mi mismo tal como estaba empezando a ser. Un escalofrío de supremo horror me asaltó. Creo que incluso solté la garganta de la hermosa actriz. Fila cayó de rodillas, sollozando, jadeante, casi sin aliento Yo me seguí contemplando, despavorido, en tanto los gritos de otras personas y un ruido de pasos precipitados sonaban fuera del camerino, en el escenario del Haymarket, señal indudable de que su alarido había sido captado y la gente acudía en su ayuda.

No sé cómo reaccioné. Pero pude desviar mis ojos del espejo, de mi espantosa apariencia actual. Vi empezar a incorporarse a Felicia Reed, vacilante, insegura, con uno de sus ebúrneos y hermosos senos blancos al desnudo, la mirada turbia, boqueando en busca de aire, con las violáceas huellas de mis dedos en su garganta.

Estuve tentado de abandonarla, de huir de allí apresuradamente, sin cumplir mi trágica tarea. Pero algo, en mi mal dita y sucia mente, me exigía hacerlo hasta el fin, cumplir la macabra labor encomendada. Era una orden. La orden del doctor Maxwell, mi actual amo.

¿Mi amo? Sí, era posible. Yo hacia lo que él ordenaba. No tenía otra voluntad que la suya. Y él me había mandado matar. Matar a la hermosa actriz Felicia Reed, como antes había matado a una furcia llamada Sue Clemens, a un abogado llamado Clive Robertson, a un médico llamado Quine, y a tantas otras personas que se cruzaron en mi camino accidentalmente…

Por tanto, tenía que matar a Felicia Reed. Y la maté.

La mate con sencillez, como solamente un ser como yo sabe hacerlo. A veces, matar tiene una escalofríame facilidad. A mí nunca me había costado demasiado. Era como en los viejos tiempos. Como cuando Leslie Graham vivía.

Aferré a la actriz con una sola mano, la alcé en vilo, igual que si fuese una pluma. Era delgada, elegante, frágil y de poco peso. No me costó demasiado. Salí al pasillo de camerinos. La alcé en el aire, y la arrojé por encima de la barandilla asomada al escenario, cuatro plantas por encima del suelo del teatro. Oí su grito horrible mientras caía...

Luego, chocó sordamente allá ahajo. Y dejó de gritar. Otras personas lo hicieron por ella. La confusión y el horror se apoderaron de todos. Quienes subían la angosta escalera del teatro para prestarle ayuda vacilaron. Se asomaron, viendo su cuerpo desnucado en las tablas de la escena done viviera sus mejores éxitos teatrales. Yo me aproveché de sus indecisiones y temores. Escapé hacia los telares.

Desde allí me fue tarea fácil alcanzar el tejado del teatro. Y desde el mismo, salté de azotea en azotea, eludiendo el cerco policial que empezaba a extenderse entre Haymarket y Pall Mail.

Pude eludir el cerco policial y burlar a mis perseguidores una vez más. No fue tarea sencilla, porque precisamente esa noche asistía a la velada teatral el propio Príncipe de Gales, el hijo de Su Majestad la Reina Victoria. Eduardo. Su séquito personal y la policía de servicio en torno a su principesca persona colaboró esforzadamente por darme caza. Pero a todos pude burlarlos, no sin esfuerzo, gracias a mi agilidad en sallar de tejado en tejado.

Regresé agotado a la mansión solitaria donde compartía mi vida con el doctor Maxwell. Penetré casi violen lamen le en ella, sobresaltando al joven cirujano, que me contempló entre sorprendido y alarmado.

—Lesy... —murmuró—. ¿Lo hiciste? ¿Has matado a Felicia Reed?

—Sí —gemí roncamente, dejándome caer en un asiento con un sollozo. Luego, me volví hacia él y señalé mi rostro—. Pero dígame, doctor Maxwell... ¿qué me está ocurriendo? ¿Qué clase de rostro es este que tengo ahora? ¿Es que seré realmente un monstruo de fealdad en el futuro?

El doctor Maxwell me contempló ceñudo, sombrío el gesto. Se puso en pie, huraño, dando paseos por la estancia, y terminó confesándome en tono bronco:

—Lo siento. Lesy. No puedo hacer nada. Algo te sucede. No sé lo que es, pero tus tejidos dérmicos y epidérmicos no responden al tratamiento... La infección ha sido detenida. Pero eso no basta. Algo le está ocurriendo en el organismo que hace imposible todo tratamiento normal. Probaremos quirúrgicamente. Lesy... pero no te aseguro nada. Lo lamento mucho. Es posible que el doctor Giffard, al darte nueva vida, cometiera algún olvido, algún error en la regeneración de tejidos... Veremos. Lesy, veremos... Pero antes tienes que hacer algo más. El último crimen.

—¡No. por el amor de Dios, no! —clamé—. ¡Más, no! ¡No quiero matar a nadie más...!

—Será solamente una persona, amigo mío —musitó el médico, acercándose a mí y pasándome un brazo por los hombros—. Vamos, no puedes negarte ahora... Estamos llegando al final...

—El final, ¿de qué? —gemí.

—De todo. Lesy. De nuestra fortuna. De tu propio destino. Una vez mates a la última víctima que te tengo destina da, serás libre. Totalmente libre para hacer lo que desees.

Libre para vivir rico... Y yo impediré que seas un monstruo. Yo lo impediré. No tendrás que aterrorizarte ni angustiarte al ver tu rostro. Te lo prometo, amigo mío...

Yo callé, una vez más. El me dominaba, me controlaba totalmente. Era incapaz de reaccionar, de negarme a nada. Sabía que aunque hubiera querido rechazar sus palabras, enfrentarme a él, no lo hubiese conseguido. Algo, dentro de mi mente, me incitaba a obedecer, a callar, a resignarme con mi papel.

Subí de nuevo a mi alojamiento. Mi cuerpo temblaba. Eludí mirarme en cualquier superficie donde mi rosero se pudiera reflejar Empezaba a tener miedo de mí mismo, del horrible rostro, de la monstruosa cara que la infortunada Felicia Reed descubriera, para supremo terror suyo, poco antes de morir, en el camerino de Haymarket Theatre.

Ya era en todos los aspectos el monstruo que había comenzado a ser después de muerto, si es que antes no !o era ya como el asesino Leslie Graham.

Era un monstruo de maldad, de violencia, de muerte y de sangre.

Y también un monstruo de faz escalofriante, de rostro marcado por el estigma del diablo... Un rostro ante el que temblaría cualquier ser humano.»

INTERLUDIO
(II)

El sonido de la campanilla les sobresaltó.

Coleen Randolph lanzó un grito ronco. El manuscrito cayó de sus manos.

Peter Doyle se apresuró a tomar una mano de la muchacha en la suya, y se incorporó, clavando los ojos en la puerta de la editorial.

—Llaman... —musitó ella apagadamente. Y su mano tembló en la de él.

Peter asintió. Mecánicamente, dirigió una ojeada a su reloj de bolsillo. De nuevo se sorprendió por el paso del tiempo.

Eran ya las siete y media de la tarde. Otra vez la lectura de las Memorias le había absorbido toda noción de cuanto le rodeaba. Y en esta ocasión no sólo a él. También Coleen había terminado fascinada por la lectura que él hacía del relato escalofriante del asesino «Lesy», el supuesto Leslie Graham redivivo.

—Es absurdo —jadeó Peter.

—¿Qué es lo absurdo? —quiso saber ella.

—Esa llamada. No tiene sentido. A esta hora, nunca hay nadie aquí.

De nuevo tintineó la campanilla allí fuera. La nieve golpeaba suavemente los vidrios de la ventana situada frente al escritorio. Coleen insistió:

—Pero llaman...

—Quizás se equivoquen —Doyle se encogió de hombros. Luego, de repente, sus ojos se clavaron en el pestillo de la entrada. Abierto. Se estremeció. Maldijo entre dientes—. Debí haberlo asegurado...

—¿Que, Peter? —musitó ella.

—El pestillo —jadeó el escribiente—. No debí dejar la puerta abierta cuando tú entraste. Cualquier podría entrar aquí ahora...

—Si —tembló ella—. Incluso... Leslie Graham.

—Imposible —rechazó Doyle, tratando de mostrarse firme—. Leslie Graham está muerto. Le ahorcaron en Newgate hace cuatro meses. Todo lo demás es pura fantasía

—No, Peter. No lo es —gimió Coleen—. Recuerdo el asesinato de la actriz Felicia Reed. Fue durante una gala a la que asistía el hijo de la Reina... No hará de eso ni un mes, Peter... Ese manuscrito es real, ¿no lo entiendes?

Peter no dijo nada. De repente, tragó saliva, tensó sus músculos faciales y, soltando con rapidez la mano de su prometida, corrió a la puerta. Abrió violentamente la vidriera de comunicación con el vestíbulo y, jadeante, cayó sobre la pesada hoja de madera de la entrada. Rápido, tiró del pestillo, asegurándolo. Apoyó sus espaldas en la puerta, respirando fuerte.

Fuera, unos suaves pasos hicieron crujir la nieve, apartándose de la entrada. Doyle contuvo el aliento, aguzando el oído. Esas pisadas se alejaron por la acera. Nadie volvió a hacer tintinear la campanilla de la entrada.

—Menos mal... —susurró—. Lo he logrado...

Regresó lentamente junto a Coleen. Ella se abrazó a él, impulsiva. Parecía

tan inquieta y nerviosa como él.

—¿Quién podía ser? —musitó la muchacha.

—No lo sé. Ni me importa. Prefiero no saberlo —Doyle acarició los rojos cabellos de su prometida—. Pero no me gusta lo que ocurre hoy aquí. Desde la llegada de ese hombre con el manuscrito... ya nada es igual.

Coleen asintió. Doyle fue al lavabo y sirvió agua en una jarra. Ofreció a la muchacha un vaso. Ella aceptó Era tal el silencio de la oficina en sombras, con la única luz del quinqué sobre la mesa de Doyle, que se percibió desde la oficina de Bertrand R. Sotherland el tic tac monocorde del reloj de pared.

—Estoy algo asustada, Peter —confesó ella, rompiendo la pausa.

—¿Por qué? Es sólo un escrito. Quizás una simple fantasía...

—No, Peter. No es una fantasía y lo sabes, no trates de confortarme con mentiras. Tú mismo has tenido reacciones cuando leías ese manuscrito. Sobre todo en la muerte del abogado Clive Robertson...

—Robertson era abogado de nuestra firma, entre otras empresas importantes de Londres cuyos derechos legales protegía —confesó Doyle amargamente, bajando la vista—. Es cierto que le hallaron muerto en un prostíbulo, con una negra de las Colonias, lo recuerdo muy bien. El señor Sotherland se llevó un buen disgusto ese día...

—¿Murió del modo que explica ahí el autor del manuscrito?

—Sí —Peter se dejó caer en su asiento—. Degollado y desfigurado con una botella de champaña rota. Pero eso puede saberlo cualquiera y haber novelado un relato de ficción en torno al suceso...

—¿Piensas realmente que ha sido así, Peter?

—No sé... no sé qué pensar... —Peter Doyle se pasó una mano crispada por el rostro—. Creo que no deberíamos habernos quedado aquí tanto tiempo, Coleen. Es una tontería perder así la noche.

—Creo que ahora es mejor permanecer aquí —los ojos de ella se fijaron, aprensivos, en la puerta recién asegurada con el pestillo—. Sólo Dios sabe lo que puede esperamos ahí afuera... Ni siquiera sabemos quién llamó a la puerta. Y si es tan extraño que toquen esa campanilla a estas horas... ello aún resulta más inquietante, Peter.

—¿Qué sugieres, entonces? No podemos quedarnos aquí toda la noche. Ni siquiera tenemos algo de comida, un trago... Nada de nada. Coleen.

—Es igual. Terminemos ese manuscrito, Peter. Luego decidiremos...

—Terminar el manuscrito... —contempló las hojas que quedaban por leer —. No sé si es prudente que sigamos con...

—¡Chist! —susurró vivamente Coleen, apoyando una mano en los labios de él para hacerle callar—. No hables ahora. Escucha, Peter...

Peter Doyle escuchó, dominando su sorpresa. Notó que se erizaban sus cabellos en la nuca. Una sensación de hielo recorrió con un hormigueo electriza me su espina dorsal.

—Sí —jadeó—. Ya oigo...

—¿Qué es eso? —musitó Coleen, temblorosa

—No sé —confesó Doyle, ligeramente trémula su voz—. Parece que suene... Oh, no. No es posible.

—¿Qué no es posible? Por c« amor de Dios. Peter, habla de una vez

—Es que... juraría que ha sido un ruido abajo... en la sala de impresión. Pero allí no... no hay nadie.

—Acaso rotas —sugirió ella, apretando en sus yertas manos las de Doyle, tensas y nerviosas.

—No —rechazó Doyle en un hilo de voz—. El viejo McDougal puso matarratas hace un mes. Terminó con todas. No hay gato tampoco en esta casa...

—¿Y hay... puerta trasera? —indago la joven.

Peter Doyle notó el hielo en su espina dorsal calando en sus venas, congelando su sangre. Sufrió una convulsión.

—Dios, no... —Susurró— Claro que hay... puerta trasera. Y da... da a la sala de imprimir y componer, al sótano... desde el pasaje trasero y el patio interior. . ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—Tal vez el que llamó ames a la puerta ha usado esa entrada si está abierta... —sugirió ella con sus ojos muy abiertos. Se apoyó en Doyle, angustiada—. ¿Qué podemos hacer.

—No sé. Tú debes quedarte aquí —dijo repentinamente Peter, con energía» yendo a la vieja estufa central de la oficina y tomando de su tubo el atizador que colgaba del mismo, un largo hierro negro, terminado en un punzante gancho.

—¿Y tú? —se alarmó Coleen.

—Yo bajaré al sótano —dijo resueltamente el joven escribiente—. Conozco bien el terreno. Nadie va a engañarme ahí abajo, por listo que sea.

—¡No, Peter, no! Podría ser... podría ser... el Monstruo.

—El Monstruo... —Doyle rió forzadamente—. Si realmente existe, estuvo antes aquí, sentado frente a mí, con su sombrero hongo y su bufanda, con sus guantes y su gabán. Y en ningún momento intentó nada contra mí. Estáte tranquila. Volveré en seguida. Es sólo una exploración. De paso, cerraré la puerta trasera, por si acaso. Seguro que no ocurre nada. Coleen.

—Si es así, prefiero ir contigo —musitó ella apagadamente—. De verdad, Peter. No me dejes aquí sola. No lo resistiría. Ocurra lo que ocurra, voy contigo.

—Está bien —resolvió Peter con rapidez. La tomó de la mano con su zurda, aferrando fuertemente el atizador en la derecha—. Toma el quinqué. Y vamos allá. Coleen Dios quiera que todo sean simples aprensiones y no suceda nada.

—Ese ruido abajo no era una simple aprensión —rechazó la joven—. Ni tampoco la llamada de la campanilla poco antes... Lo presiento. Peter. Algo ocurre. Algo anda cerca. No sé lo que es, pero me da miedo...

Doyle no dijo nada. Se limitó a apretar los labios con fuerza y abrir la marcha llevando tras de sí a la muchacha, camino de la puerta arrinconada

que conducía al sótano de la editorial. La luz del quinqué, al desplazarse en la mano de ella, hizo bailotear grotescamente las sombras. Mesas, sillas y hasta simples tinteros, parecieron ominosos gigantes recortándose en los muros, fantasmas oscilantes e inmateriales que les acechaban en el silencio amenazador de la empresa editorial.

Doyle abrió la puerta del sótano, tras bajar los tres escalones de desnivel entre la oficina y el angosto corredor que terminaba en aquella entrada. La luz ahuyentó las frías y tétricas tinieblas del sótano cuando se aventuraron por la estrecha escalera descendente.

—Todo parece en orden aquí —opinó entre dientes Doyle, escudriñando los rincones más alejados del sótano destinado a taller de composición e impresión de la Sotherland & Co. Publishing—. Creo que la imaginación nos está jugando una mala pasada a los dos.

—Ojalá sea así, Peter —fue la única respuesta de Coleen Randolph a su espalda.

Descendieron peldaño a peldaño, hasta pisar el húmedo suelo del sótano. Diversas cajas de composición, galeradas, papel, bloques de plomo ya a punto de imprimir y las prensas al fondo, como armatostes de siniestra estructura, que evocaban lejanamente estructuras pesadas y gélidas, semejantes a misteriosos patíbulos para asesinos sin forma.

Cuando pisaban el último peldaño. Coleen lanzó un grito de vivo terror. El quinqué osciló en su mano... y cayó a tierra, haciéndose añicos su globo. Se apagó la llama, entre un chisporroteo de petróleo caliente.

—¡Coleen! —Doyle juró entre dientes con aspereza, aferrando fuertemente la mano de ella que estaba sujetando desde el principio—. ¡Coleen, por Dios! ¿Qué sucede ahora?

En la oscuridad, captó los temblores del cuerpo femenino pegado al suyo, su gemido roto, su vacilante voz tratando de hablar, de decir algo:

—Allí, Peter... Es horrible...

—¿Dónde? ¿Qué es lo horrible? —la apremió él, enarbolando su atizador presto a golpear a quien fuese.

—Junto a la prensa del rincón, Peter... —sollozó Coleen—. He visto la sangre... el cuerpo...

—Dios, no —murmuró Doyle, estremecido—. ¿Estás segura de que había algo así?

—Totalmente. Estoy aterrada, Peter... No sé qué me pasa...

—Calma, por favor. Serénate, querida. Estoy aquí, contigo. Si algo te sucede a ti, antes tendrá que ocurrirme a mí. Sólo si muero yo puedes peligrar tú... Busca con tu mano en mi bolsillo del chaleco. Hay fósforos. Por el amor de Dios, date prisa. Esta oscuridad me preocupa. Si realmente sucede algo... podríamos estar en peligro los dos.

Tiró de ella suavemente, apartándola de la escalera, sigiloso. Recordaba la distribución de muebles en el sótano de la editorial. Ello le ayudaba a un desplazamiento cauteloso para evitar cualquier ataque por sorpresa llegado

desde la oscuridad.

No ocurrió nada. En realidad, ni siquiera había ruido alguno en aquel sótano repentinamente gélido y siniestro, donde Coleen creía haber vislumbrado algo espantoso, momentos antes de quedarse en tinieblas.

Coleen encontró su caja de fósforos de madera. Encendió uno bruscamente, sin esperar a que él se lo ordenara. La llama, débil y amarillenta, extendió una claridad difusa y triste por el sótano. Pero suficiente para que los ojos de Doyle buscaran, preocupados, la prensa del rincón que mencionara Coleen.

Sufrió una violenta convulsión. Vaciló, aferrando a la muchacha, atrayéndola contra sí, dilatados sus ojos fijos en el lugar señalado.

—¡Dios! —jadeó—. Tenías razón...

Ambos pudieron ver, fugazmente, antes de que el primer fósforo se extinguiese, el primer charco sobre la prensa de imprenta, sobre el suelo, el reguero escarlata, el cuerpo sin vida, con parte de la cabeza aplastada en la prensa a medio encajar...

Alucinado, recordó Doyle que aquél pudo ser el ruido que captaran procedente del sótano. El crujido de un cráneo humano, a medio triturar por una plancha de metal.

Aun así, pudo reconocer a la víctima. En las tinieblas, su voz murmuró, con acento de vivo terror:

—Oh, no puede ser, Coleen... Ese hombre muerto, es... es... Jonathan Whitby, el segundo editor, el socio del señor Sotherland...

* * *

Otra llama brilló débilmente en la oscuridad.

La mano de Peter Doyle se deslizó rápida sobre la puerta trasera. El pestillo se ajustó con un chirrido. Resopló el joven, apoyándose en la madera, y el fósforo cayó de su mano.

—Ya está —jadeó entre sombras—. Otra puerta cerrada herméticamente...

—Pero Peter, el asesino puede estar dentro aún —susurró Coleen, llegando junto a él y pegándose a su cuerpo—. Es posible que el señor Whitby llegase acompañado, que entrara con el hombre que ha puesto su cabeza en la prensa, sin sospechar que podía morir a sus manos.

—Ya lo he pensado —asintió él, llevándola lentamente hacia la escalera que ascendía a la planta alta—. Pero no podemos hacer otra cosa. Hay que correr el riesgo. Coleen. Este sótano es muy amplio. El almacén de papel está al fondo. Viejos muebles y estanterías pueden servir de escondrijo al criminal. Pero quiero creer que, tras cometer el crimen, habrá intentado huir, y quizás se oculte en el patio interior... Si es así, no podrá volver adentro. Algo había que hacer, compréndelo...

—Claro, Peter. Yo sólo te apuntaba una posibilidad, eso es todo. Algo hay que hacer, como tú dices. Ahora, con esa puerta cerrada, me siento más

segura. ¿No hay ninguna otra en el edificio?

—Espero que no. Estos viejos caserones nunca se conocen bien del todo. Estoy pensando en ello y no recuerdo más. Existe un portalón para sacar el material impreso y cargar los volúmenes que salen, o las máquinas que entran, o los cargamentos de papel. Pero ese portalón está siempre cerrado y bien asegurado, con dos cerrojos. No creo que por ahí tengamos nada que temer. Vamos arriba. Coleen Es preciso hacer algo.

—He observado que no hay teléfono en la oficina... —musitó ella—. Podríamos, en ese caso, llamar a la policía.

—El viejo Sotherland es un hombre chapado a la antigua. Ya sabes, un tipo de ideas rancias sobre el progreso y esas cosas —se lamentó Peter, hallando al fin los peldaños, que comenzaron a subir con ayuda de otro fósforo—. Todo lo que tiene de rico y de buen editor, lo tiene de raro en sus hábitos. Sigue opinando que el teléfono es un chisme inútil y molesto. No ha instalado todavía uno en el edificio, aunque al final acabe haciéndolo puesto que todo Londres va adoptando ese avance técnico. Pero ahora de momento... no hay teléfono.

—De modo que estamos incomunicados, encerrados en un caserón solitario, con toda una larga noche por delante —musitó Coleen, estremeciéndose.

—Peor que eso: todo un fin de semana por delante. Coleen. Sábado y domingo esto permanece cerrado. A menos que salgamos de aquí, tendremos que aguardar esos días, o asomarnos y pedir auxilio...

—Es lo que haremos. No me atrevo a salir. Recuerda que hay alguien que puede estar merodeando fuera, esperando que salgamos. De noche, con esa nevada, y las calles solitarias, podrían asesinarnos mucho antes de que pudiéramos pedir ayuda a nadie.

—¿Quién crees que puede merodear? ¿El monstruo?

—No lo sé, Peter. Ese horrible personaje me da miedo. Y a veces compasión. Puede ser el doctor Maxwell quien ande por ahí fuera. De ese relato se desprende que es el verdadero culpable de todo.

—Sí, estamos de acuerdo —Doyle se estremeció en la sombra—. El doctor Maxwell... Al parecer, Lesy sospecha en ese manuscrito que fue el asesino de los doctores Giffard y Bowie, aunque en principio no lo sabía. Luego, es el inductor material de todos los crímenes. Utiliza a Lesy simplemente como a un instrumento de matar, una marioneta a su servicio. ¿Qué crees que le ha ocurrido para cambiar así y volverse de nuevo un asesino?

—Está claro a mi juicio, Peter. El propio doctor Maxwell ha vuelto a intervenir quirúrgicamente al pobre ser. Sin duda le ha alterado de nuevo su conducta, le ha vuelto agresivo y sanguinario. Recuerda que es un gran neurocirujano. Y un malvado de la peor especie. Pero, ¿por qué cometerá todos esos crímenes, quién puede pagarle para que asesine a gente tan dispar como un abogado, un médico, una actriz o una prostituta, Peter?

—No lo sé —suspiró Doyle amargamente—. Pero si ese relato, como tú imaginas, es verídico, esa cadena de atrocidades no tiene sentido alguno...

—Sin embargo, Maxwell no cesa de hablar de dinero. Es posible que para él si tengan sentido los crímenes que hace cometer a la desdichada criatura que es ahora Leslie Graham. Un sentido traducido a guineas, naturalmente. Pero dudo que piense repartir su dinero con el ejecutor de esas muertes violentas.

—Yo estaba pensando ahora en otra cosa. Coleen —susurró Peter, una vez de regreso en la amplia sala de oficinas, tras cerrar la puertecilla del sótano tras de sí, con un resoplido, y asegurarla con el cerrojo.

—¿Qué, Peter?

—Pensaba en Whitby. ¿Qué ha podido suceder? ¿Quién le mató a él y por qué? ¿Qué hacía Whitby a estas horas, escondido en el sótano? ¿Quién entró con él o tras él y le dejó inconsciente, única forma en que se puede meter la cabeza de una persona en la prensa, triturándola?

Coleen se estremeció, mientras Doyle, a tientas, encontraba otro quinqué y lo encendía, llenando de suave luz rosada todo el lúgubre ámbito de la oficina general, cuyos muebles, vidrieras y enseres parecían dotados de vida propia a causa de las oscilaciones de la llama dentro del globo de vidrio tallado.

—No lo sé —confesó ella, mientras el ulular del viento seguía allá fuera, como un sonido siniestro que convertía la noche y la situación en algo mucho más escalofriante todavía—. Es posible que ese hombre, Whitby, viniera por alguna razón desconocida a la editorial, y que fuese sorprendido por el merodeador, sea éste quien sea. Para no ser descubierto, se deshizo de él. Y ahora acecha aquí, en alguna parte, esperando el momento de caer sobre nosotros dos...

Doyle humedeció sus labios nerviosamente Escudriñó la puerta, las sombras del vestíbulo. A través de las vidrieras enrejadas, se veía caer la nieve, como pequeños fantasmas blanquecinos, reflejando la leve claridad de alguna farola de gas callejera. La idea de abrir aquella puerta y escapar con Coleen de la empresa editorial, pasó por su mente. Pero en seguida la desechó. Allí dentro era posible que, pese a todo, pudieran aguardar al nuevo día y arriesgarse ya a salir con luz diurna. Fuera, todo era una aventura, una incógnita estremecedora. No se escuchaba ni el paso de un carruaje por la calle. Ni un viandante, ni una señal de vida.

—Vamos —sugirió de pronto Doyle, tomando el quinqué y el manuscrito en sus manos—. Ven conmigo, querida.

—¿Adónde me llevas? —quiso saber la muchacha, siguiéndole dócilmente.

—A un lugar más recogido y. posiblemente, más seguro que éste por el momento. Nos encerraremos en el despacho personal del señor Sotherland. Allí podremos aguardar, mientras terminamos el manuscrito. Tiene una puerta muy sólida. Y una estufa de gas. La encenderemos. También tiene un mueble bar. Es posible que un trago nos siente bien a los dos en estos

momentos.

—Sí, es una buena idea. Espero que el señor Sotherland no te eche del empleo por esto...

—Descuida —rió sordamente Doyle con Cierta nota lúgubre en su voz—. Si el lunes todo vuelve a la normalidad, el señor Sotherland no sólo no me echará, sino que editará este manuscrito y me felicitará por mi asesoría, estoy seguro.

Abrieron una pesada puerta de caoba, al fondo de la oficina. El quinqué reveló una confortable estancia de espesa alfombra, muebles lujosos y sólidos, paredes empapeladas, zócalos y vigas de madera, y una mesa de despacho repleta de papeles y libros, con el óleo de un hombre fornido, cano se y rubicundo allá en el muro, resaltando su marco dorado sobre el artesonado del recinto. Doyle giró una llave de gas e ilumino la estancia con los mecheros de las paredes, provistos de globos de cristal rosado. También accionó una estufa del mismo combustible, y un grato calor se extendió por la estancia.

—Vaya, esto es otra cosa —susurró gratamente Peter, apresurándose a girar la llave en la cerradura y pasar el pestillo—. Incluso parece estar uno a salvo de todo. Coleen...

Fue a un mueble bar, también de suntuosa madera tallada. Lo abrió. Para sorpresa suya, no sólo había allí una hilera de botellas de licor, sino unas latas de cerveza y hasta un bote de hojalata decorada con pastas secas.

—Eh, mira esto. Coleen —dijo con entusiasmo—. No será como una cena en Mayfair, pero algo es algo, dadas las circunstancias.

—Lo cierto es que no tengo apetito —comentó ella, contemplando el gran retrato al óleo con curiosidad—. Pero tomaré algo, porque siento un vacio muy desagradable en el estómago ¿Es el señor Sotherland?

—Si —Doyle contempló la efigie del gran hombre—. Todo un hombre de empresa. Lástima que no tiene hijos varones. Sólo una hija casadera que heredará muchos millones de su emprendedor papá. Ese es el gran Bertrand R. Sotherland, uno de los mejores editores de Inglaterra. Lástima que sus sueldos sean tan cortos y su negocio tan vetusto y poco acogedor. Siempre está hablando de trasladar la editorial a un edificio nuevo, pero todo se queda en proyectos. Lo cierto es que no le gusta gastar dinero. ¿Un oporto, querida?

—Si, por favor —aceptó ella—. Gracias, Peter.

—No digas eso —puso ame ella una bandejita con pastas secas y una copa de vino de oporto. El se sirvió un whisky sin agua—. Soy culpable de todo esto. Nunca debí dejarme vencer por la tentación de leer ese manuscrito, olvidándome de nuestra cita. En este momento podríamos estar terminando una buena cena en un restaurante lleno de gente, a punto de ir al teatro... Nunca me perdonaré esto que te he hecho.

—No, Peter, no te lamentes —le detuvo ella, apoyando una mano en su mejilla y pasando los dedos sobre los labios del joven escribiente—. En realidad es culpa de los dos. Pudimos haber salido de aquí inmediatamente,

pero yo misma me dejé prender por ese escrito. Ahora, los dos estamos metidos en una situación desagradable y, tal vez, muy peligrosa. Pero por ello no tiene que haber reproches para nadie. Lo importante es salir de ella lo mejor posible. Aquí, al menos, me siento segura. Y confortable. ¿Por qué no terminamos de leer ese manuscrito, Peter?

—¿Ahora? —Dudó él, tragando saliva—. ¿Con un cadáver en el sótano?

—No podemos hacer nada ya por el pobre señor Whitby. Al menos, quisiera saber qué sucede exactamente, cuál es el final de estas Memorias escritas por... por un monstruo, Peter.

—Está bien —frunció el ceño contemplando el legajo de cartones grises —. Maldito manuscrito... Lo mejor sería haberlo arrojado al fuego sin leer una sola palabra de él...

—Eso no hubiera cambiado mucho las cosas, sospecho. Tal vez el doctor Maxwell sepa que Lesy ha escrito ese documento y trata de recuperarlo al precio que sea.

—Sí, tal vez —admitió Doyle de mala gana, invitando a Coleen a ocupar una de las cómodas butacas tapizadas del despacho del editor. El se sentó junto a ella, y tomó el manuscrito, justo en el punto donde lo dejaron—. Bien. Veamos cómo termina esto... y que Dios nos ayude.

La miró con ternura. Apretó sus manos entre las suyas. Ella sonrió animosa. Y comenzó a leer Doyle en voz alta, apenas en un murmullo:

«—Tienes que matar hoy a la última víctima. Lesy. Esta misma noche...»

DEL MANUSCRITO DE «LAS MEMORIAS DE LESLIE GRAHAM» (III)

«—Tienes que matar hoy a la última víctima, Lesy. Esta misma noche...

Miré con horror al doctor Maxwell. De nuevo aquel frío extraño agarrotó mi mente, mi corazón, y me hizo crispar las manos angustiadamente.

—Oh, no, no —sollocé—. Eso no, por favor. Doctor, otra vez no...

—Lesy, nunca has protestado tanto —me reprendió él severamente, clavando en mí sus ojos azules con una expresión dura y fría—. Es una orden, ¿entiendes? Y hasta hoy, siempre cumpliste las órdenes que te di. Es por el bien de los dos, recuerda.

—¡No. no quiero ese bien, doctor! —clamé amargamente, poniéndome en pie y estrujando mis manos con rabia, exasperado, dispuesto a romper con todo aquel cerco de angustia y de impotencia que me rodeaba. Alcé los brazos, aferré mis sienes con ambas manos y repetí hasta la exasperación—: No quiero matar, no quiero matar, no quiero matar, por el amor de Dios...

El doctor Maxwell me miraba de un modo extraño. Creo que por primera vez, estaba dándome cuenta de lo helado e inhumano de su mirada. Era un ser despiadado, cruel. Tan joven como perverso, tan ambicioso como astuto y solapado. Casi tuve miedo de él, pese a que mi fortaleza es infinitamente mayor.

De repente, pareció someterse dócilmente a mis protestas:

—Está bien, Lesy, está bien —dijo con rara mansedumbre, dirigiéndome una sonrisa de aparente comprensión. Se incorporó y vino hacia mí, apoyando su mano en mi hombro, casi con ternura. Le oí murmurar, con tono muy suave y cordial—: No hablaremos de ello ahora, si te molesta. Creo que es preferible que descanses un rato hasta la hora de la cena. Luego charlaremos de todo ello, y es posible que entonces lo comprendas mejor y obres con sentido común, amigo mío.

—No, no quiero —sollocé—. No quiero matar a nadie...

—De acuerdo, de acuerdo —se apresuró a admitir—. Si insistes en eso, yo lo entenderé. Nadie va a obligarte a hacer algo que no deseas. Sólo nos faltaba una tarea, un eslabón en nuestra cadena comercial para ser muy ricos los dos. Lesy. Sólo uno. Pero si tú no quieres, no se hará. Sobre todo, quiero que te tranquilices, que te serenes. Soy tu amigo, compréndelo. Vamos, vamos. Ve a la cama. Tomarás algo que te calme un poco y dormirás todo el día hasta la hora de cenar. Eso te sentará bien. Vamos, Lesy.

Me acompañó hasta el dormitorio, puso unas píldoras en mi mano y llenó de agua un vaso, invitándome suave, dulcemente:

—Anda, lómate esto. Y luego descansa... hasta la noche, amigo Lesy.

Yo tomé las píldoras y el agua. Iba a ingerirlas con un sorbo de líquido.

Estuvo a punto de engañarme el muy canalla. Pero no sé cómo, súbitamente descubrí el brillo astuto en su fría mirada, mientras fingía sonreír tiernamente. Y ya era casi tarde, porque tenía las cápsulas en mi boca. Me las ingenié bastante bien. No las tragué.

Se quedaron bajo mi lengua. Tomé el agua y fingí tragar con alguna dificultad. Luego, me tendí en la cama. El me miró complacido, con aquella sonrisa suya, capaz de engañar a cualquiera. Fue hacia la puerta, risueño, amistoso, complaciente.

—Descansa bien, muchacho —me deseó—. No tengas preocupaciones. No sufras. No tendrás que hacer nada. Esta vez se trataba de eliminar a un viejo aristócrata, un tal sir Arnold Munro... Un hombre de títulos honrosos y muy escasa fortuna. Iba a ser tan sencillo... y tan productivo. A alguien le interesaba esa muerte, ¿sabes, Lesy? Hubiera significado miles y miles de guineas para los dos. Pero olvídalo ya. Duerme, amigo, duerme... Volveré para despertarte, descansa tranquilo.

Me dejó solo. Cerró tras de sí. Rápido, solté de mi boca las amargas cápsulas, vomitándolas en mi alfombra. Las recogí, tirándolas bajo la cama. El simple sabor de aquellas tabletas me producía un ligero sopor. No me costó imaginar lo que eran: un fuerte sedante. Un hipnótico. De haberle tomado, estaría profundamente dormido en pocos minutos.

¿Por qué? El sabía que yo podía dormir fácilmente, que reposaba largas horas en el lecho, más como un vegetal que como un hombre. ¿Para qué necesitaba el doctor Maxwell dejarme profundamente dormido?

Es lo que quería saber. Esperé a que las luces de la planta baja se apagaran. Entonces me incorporé despacio. Salí del dormitorio, bajando al comedor. Ahora despierto. El doctor Maxwell no había ido a su dormitorio. En aquel ala del corredor no se veía luz alguna. Tampoco había salido de casa. La puerta estaba atrancada.

Descubrí pronto el destello de luz. Era una simple rendija en la puerta que daba al sótano. Me moví en esa dirección, cauteloso, muy silencioso, sin que mis pies descalzos produjesen el menor ruido.

Moví el pomo de la puerta. Esta cedió lentamente, con un chirrido que me pareció estruendoso, pero que en realidad nadie debió escuchar, excepto yo mismo. La luz del sótano apareció ante mis ojos. El doctor había encendido los mecheros de gas En los sótanos estaba el laboratorio donde yo “resucité" de manos del difunto doctor Giffard. Oí ruido de instrumental quirúrgico, allá al fondo.

Todo mi cuerpo tembló. Entonces lo comprendí claramente. Supe por qué el doctor Maxwell me quería profundamente dormido.

Iba a operarme de nuevo. Abriría mi cerebro y alteraría más profundamente mi conducta. Me baria totalmente insensible ante el crimen y la sangre. Ya había hecho algo así inicialmente, pero empezaba a fallarle de nuevo, y mi mente se rebelaba, aunque con dificultad, a sus sangrientas órdenes. Iba a convertirme en un dócil e insensible esclavo, en un

instrumento de muerte perfecto para cumplir sus planes.

Retrocedí lentamente, con horror. Pero antes, mis ojos se clavaron en algo que había sobre una mesa del sótano. Era un objeto vulgar, sólo que atrajo mi atención poderosamente, como si algo me dijera que aquel simple elemento podría servir para encajar muchas piezas del rompecabezas que yo no entendía.

Era una pequeña agenda de tapas de hule negro. El doctor la había dejado en el mueble, junto a su reloj de bolsillo y su pipa apagada, mientras manejaba el instrumental quirúrgico en el recinto del fondo.

Tomé una decisión súbita y arriesgada. Descendí al sótano. Alargué mi mano y cogí la agenda. Luego regresé rápidamente con ella a la planta superior. Volví al comedor.

Comencé a hojear el librito a la claridad de un quinqué.

Sentí un horror sin límites. Un escalofrío sacudió mi ser cuando leí una de las frases allí anotadas minuciosamente por el maldito doctor:

> "Fue preciso deshacerse del doctor Giffard y la doctora Bowie. Ese pobre imbécil de Lesy nunca sospechará que fui yo quien los mató y no él. Es una simple criatura con el cerebro de un mosquito. Giffard no fue tan bueno como creía. Pero yo puedo convertir a ese desgraciado en un instrumento capaz de servirme fielmente. Lesy será mi esclavo en cuanto opere su cerebro y altere de nuevo su conducta. Haré de él un nuevo Leslie Graham, pero incapaz de rebelarse contra mí..."

Aterrado, comprendí. Yo era bueno, después de todo. Había sido bueno, mientras el doctor Giffard y la doctora Bowie me manejaron. Sólo la maldita codicia, la ambición oscura del doctor Maxwell me había convertido de nuevo en un triste asesino.

Pero todo eso, ¿por qué y para qué?

Seguí hojeando la agenda, dominando mi profundo horror, mi angustia ante la verdad que, descarnadamente, surgía ante mis ojos en aquellos apuntes. Una nueva frase atrajo mi atención. La leí, aterrado:

> "Ese estúpido es bastante eficiente. Lo está haciendo todo muy bien. Ni siquiera tiene la menor idea de por qué lo hace. Pero el caso es que lo hace, y bien. Ya ha eliminado a varias de las personas señaladas por mi cliente. La prostituta Sue Clemens, el doctor Quine, el abogado Robertson... y ahora la actriz, Felicia Reed. Todas las personas que podían saber la verdad llegado el día señalado, nada pueden decir ya. Sólo queda una persona con vida: el propio sir Arnold Munro, el padre de sir Brian. El será la última víctima a quien destruya con sus manos el necio sin cerebro de Lesy. Entonces se habrá cumplido toda mi tarea. Mi cliente me pagará el resto de la suma convenida: diez mil libras

> que, unido a las otras diez mil ya recibidas, completarán las veinte mil libras previstas. Desde ese momento, Lesy ya no me servirá de nada. Volverá a la tumba de donde los sueños del doctor Giffard le sacaron. Yo seré rico, muy rico. Además, tendré en mis manos a la persona que tanto me paga por eliminar a los que estorban sus planes. Es posible que eso signifique mucho para mí. Conocer un secreto así puede significar tanto para un hombre sin escrúpulos, como yo...”

No pude leer más. Se escuchaban pisadas en el sótano. Oí una imprecación. Luego, las pisadas subieron rápidas las escaleras.

Era fácil imaginar lo sucedido. El doctor Maxwell acababa de descubrir la desaparición de su agenda.

—¡Lesy! —Le oí rugir con voz descompuesta, antes de abrir la puerta del sótano—, ¡Lesy! ¿Dónde estás? ¿Qué has hecho?

Abrió la puerta. Nos quedamos mirando, cara a cara. El, lívido, descompuesto. Yo, trémulo todavía ante el horror de lo que acababa de conocer. Sus ojos se clavaron en lo que yo sostenía entre mis dedos crispados: las tapas de negro hule parecían fascinarle.

—Lesy... —jadeó, empezando a moverse lentamente hacia mí, fingiendo una sonrisa que era sólo una mueca en su rostro demudado—. Lesy, ¿qué haces? ¿Por qué has cogido algo que no es tuyo? Dame ese librito... Lesy, ¿por qué te has levantado? Deberías estar descansando...

Yo retrocedía paso a paso, mientras él me iba siguiendo, tratando de acorralarme en un rincón. Advertí que buscaba con los ojos los atizadores situados jumo al hogar. Sabía que yo era más fuerte e intentaba armarse contra mí. Se había dado cuenta ya exacta de que no había tomado sus píldoras, y de que había leído parte de los apuntes.

—Lesy, te explicaré... —jadeó, tratando de ganarse mi confianza—. Sí, yo te explicaré... Vamos, dame ese librito... Tienes que obedecerme, no seas tonto...

Moví negativamente la cabeza. No podía salir del comedor por la puerta de la casa. Estaba asegurada con cerrojo. Costaría tiempo abrirla. El me alcanzaría antes. Además, en esa dirección me cerraba el paso.

—No puede engañarme ya, doctor Maxwell —gemí—. Sé lo que se propone. Iba a asesinarme a mí también en cuanto matara a ese tal sir Arnold Munro... No le sirvo para nada. Sólo para matar. No es mi amigo. No me quiere, no me protegería de nada. Es más, su idea es destruirme. Yo no pedí volver a esta vida, doctor Maxwell. Yo no quería volver a ser un asesino... Usted me convirtió de nuevo en lo que ahora soy. El doctor Giffard pudo haber hecho de mí una atracción de feria, pero en el fondo me daba la oportunidad de vivir y sentir como un ser humano, no como una bestia feroz... ¿Por qué, doctor Maxwell, por qué utilizarme a mí para todo eso? Pudo haber alquilado asesinos a sueldo, pudo haberlo hecho usted mismo, si

hubiera tenido coraje y valor para derramar sangre... Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué destruir de nuevo mi vida?

—Tal vez medí mal tu capacidad emotiva, querido amigo —trató de convencerme—. Espera, discutamos esto tú y yo ahora... Todo se puede arreglar.

—No, ya no. Nada se puede arreglar. Nadie borrará los crímenes abominables que he cometido. Usted no dudará en asesinarme para tapar mi boca y deshacerse de un molesto compañero... No me fio ya de usted. No puedo fiarme de nadie... Ya no...

—¿Y qué otra cosa puedes hacer? —Sonrió él, entre cínico y persuasivo— ¿Acaso esperas acudir a alguien? ¿Qué dirías a otras personas? ¿Que tú, culpable de tantos horribles crímenes, te arrepientes de todos ellos y deseas amistad y comprensión? ¿Que el hombre conocido como Leslie Graham, el asesino, quiere vivir una nueva existencia en paz y sosiego, amando a sus semejantes? ¿Adónde podrás ir con ese rostro horrible que tienes ahora, con ese deterioro progresivo e implacable que destruye tus tejidos faciales, conviniéndote en un verdadero monstruo, capaz de causar horror?

—Oh, no, no... —Sollocé, desesperado—. Eso no... No quiero causar horror a nadie. Sólo deseo... amistad y afecto de los demás humanos...

—Eso ya nunca lo tendrás. No puedes irte de aquí. El mundo te está vedado, Lesy. Vamos, deja de pelear como un niño y tratemos de ser amigos tú y yo...

—¡Nooooooo! —rugí, desesperado, violento, sorprendiéndole con mi furibundo arrebato. Retrocedió, dilatando sus ojos, inseguro, y yo me lancé sobre la única cosa posible por donde podía intentar la evasión de aquel infierno: una de las vidrieras emplomadas del comedor, que asomaba al patio interior, al abandonado y triste jardín de la casona.

Penetre a través de las vidrieras entre un enorme destrozo y un ruido infernal. Muchos de los vidrios se clavaron en mis manos, pies y brazos, así como en mi deforme rostro actual, haciéndome sangrar, pero el dolor físico me importaba ya muy poco. El doctor me llamó, pero yo no le hice el menor caso. Me incorporé, tambaleante, miré hacia atrás, a través del enorme boquete abierto por mi cuerpo en la cristalera, y le vi a él, enarbolando un atizador, correr hacia esa misma abertura en busca mía. Su rostro lívido, desencajado, era la viva imagen de la maldad y de la furia. Supe que si me alcanzaba, la muerte seria irremediable para mí.

Corrí a través de las hierbas silvestres y las plantas descuidadas sintiendo arañazos en mis pies desnudos y sangrantes, pero eso tampoco podía retenerme ya. Alcancé un muro del jardín. Era alto y estaba rematado por diminutos vidrios punzantes, como protección contra posibles merodeadores. Aun así, lo escalé con agilidad simiesca, y una vez arriba, sin importarme lacerar mis manos nervudas con la terrible siembra de vidrios agudos, sintiendo chorrear sangre de mis dedos y muñecas, salté el obstáculo, lanzándome a la más frondosa y alta hierba del otro lado, ya en el exterior.

El doctor lanzó una imprecación y le oí volver a toda prisa al interior de la casa, al tiempo que gritaba con voz potente, llena de ira:

—¡Te daré caza, maldito Lesy! ¡No escaparás tan fácilmente, idiota! ¡Voy a salir en pos de tu rastro, y esta vez utilizaré el rifle para volarte la cabeza! ¡No saldrás vivo de mis manos, necio monstruo!

Yo corría y corría sin parar. Sabía que la ventaja que pudiera sacarle a aquel loco criminal seria todo cuanto pudiera lograr en estos momentos. El tardaría, cuando menos, dos o tres minutos en recoger su rifle, cargarlo, abrir la puerta y salir tras de mí, rodeando la casa. Si estaba muy nervioso, tal vez se demorase un minuto más, pero eso era todo cuanto yo podía esperar ganarle.

Lo intenté con todas mis fuerzas. Corrí a campo traviesa, huyendo del caserón donde volviera a la vida en tan mala hora, meses atrás. Me hundí en un bosquecillo cercano y corrí en dirección a la ciudad, puesto que sabía que sólo en el propio Londres era posible encontrar algún escondrijo de donde huir a la furia criminal de Cyril Maxwell.

Minutos más tarde, oí retumbar una detonación de rifle no lejos de mí, y supe que el cazador iba ya tras su presa. Tuve miedo, mucho miedo de ser visto. Pero por fortuna para mí, la noche era oscura, nubosa y fría, el terreno estaba seco y no dejaba otras huellas que la sangre de mis pies, que pronto comenzó a secarse, coagulada en las heridas, dejando de producir rastros reveladores.

Tuve mucha suerte esa noche. Encontré en mi camino una granja, y alcancé sus establos, robando un caballo. Partí al galope a través de la noche, en dirección a las brumas del cercano centro de Londres.

Cuando alcancé el Támesis, supe que había logrado burlar al doctor Maxwell. De momento, estaba a salvo. Ahora sólo tenía que conseguir algunas ropas y calcado, un escondrijo seguro, y esperar.

Tuve que robar para conseguir todo esto. Asalté a un infortunado cerca de los embarcaderos, despojándole de ropas y zapatos, así como de un puñado de guineas. Con todo ello, me alejé del lugar, siempre tapándome el rostro lo más posible, hasta encontrar una vieja casa abandonada, cerca de Battersea Park, donde me metí, tiritando de frío, de fiebre y de angustia.

Dormí mucho tiempo, creo que dos o tres días seguidos, despertando sólo para beber agua de un depósito y seguir durmiendo, sacudido por escalofríos febriles. Pero superé ese pésimo estado y sobreviví, sin que Maxwell diera conmigo.

Otro robo, esta vez en una tienda, me proveyó de mejores ropas, tales como un buen gabán, una bufanda, un sombrero y calzado. Asimismo, conseguí algún dinero de la caja, y ocultando mi rostro lo más posible, arrendé un pequeño piso en Warwick, donde me acomodé con papel y pluma, comenzando a escribir estas Memorias mías.

Ahora que estoy terminándolas, pienso llevarlas a un editor para que las publique. O, cuando menos, para que ese editor pueda meditar sobre muchas

cosas al leer este manuscrito.

Iré a Sotherland & Co. Publishing. El otro día cayó en mis manos un volumen publicado por esa empresa. Tiene gracia. Sin duda al señor Sotherland, el editor, este escrito mío va a interesarle mucho...

Después de todo, el último párrafo que el doctor Maxwell escribió en su agenda de tapas de hule es lo bastante significativo por sí solo. Fue ese párrafo el que me dio la idea de escribir estas Memorias, de comprar ese volumen... y de ir a esa editorial precisamente, a ofrecerles mi manuscrito...

Porque ese párrafo del doctor Maxwell dice exactamente:

> "En cuanto la última víctima del plan, sir Arnold Munro, haya desaparecido, no habrá problemas de ningún género para que su hijo, sir Brian Munro, celebre ese matrimonio que él desea. En realidad, también su padre lo había deseado siempre, hasta que, a través de un importante abogado llamado Clive Robertson, supo que la prometida de su hijo tenía un origen bastante oscuro e inquietante. Investigó, hallando suficientes razones para prohibir a su hijo esa boda, aunque sin darle explicaciones. Pero me consta que el joven aristócrata desea casarse con su rica prometida, pese a cuanto sabe de ella, y que en cuanto su padre desaparezca, se apresurará a unirse en matrimonio con ella. Claro que él ignora un solo detalle del caso, y es que su prometida es hija de un hombre que, por entonces, padecía una sífilis en grado avanzado, de la cual parece haberse curado. No quiero saber si, realmente, ese hombre es el hijo de nuestra Reina, Eduardo, que reinará pronto como Eduardo VII. Tal vez lo sea, tal vez no. Lo cierto es que una ramera, Sue Clemens, contagió la enfermedad venérea a la persona que luego tuvo a esa muchacha con una dama de buena posición que pudo ocultar el desliz, al casarse en esos días con un hombre rico y prestigioso. Hoy en día, por tamo, una bella joven, rica y asediada, puede ser potencialmente una enferma venérea que contagie fatalmente a su futuro esposo, sir Brian Munro, pero eso no es cuenta mía ya.
>
> Yo he cumplido la parte encomendada por ese hombre; Sue Clemens, la ramera, ya no puede confesar lo que sabe. Tampoco el abogado Robertson. Ni el doctor Quine, que conocía la identidad y dolencia del padre de la muchacha. Y de! mismo modo, la actriz Felicia Reed, que fue amiga de la madre de esa jovencita tan deseada por el hombre que va a ser su esposo cuando sir Arnold muera. Tengo, por tanto, que ordenar la muerte de sir Arnold a mi fiel Lesy El se deshará fácilmente del viejo aristócrata, y su hijo, ignorando las causas de la pérdida de su padre, se apresurará, una vez libre de la tutela paterna, a unir sus apellidos ilustres y sus títulos, a la fortuna sólida de su joven

amada.

Si, es todo muy gracioso... Porque, ¿quién imaginará en Londres que la muy bella y adinerada Allyson Sotherland puede ser la hija ilegitima de un personaje real enfermo de sífilis, y que está a punto de convertirse en una dama de la mejor sociedad y aristocracia británica?"

Ese es el párrafo final de los apuntes del doctor Maxwell. Yo lo recojo aquí, por si alguna vez es destruida esa agenda. Llevaré este manuscrito al editor Sotherland. Porque, en realidad, ¿quién, sino él mismo, podría ser la persona más interesada en que, por encima de todo, su hija se case con alguien capaz de darles a los Sotherland los títulos nobiliarios que su dinero jamás podría comprar?

Y si, como sospecho, el poderoso editor Bertrand R. Sotherland es el instigador de esa cadena de asesinatos que yo he cometido... ¿qué pensará ese hombre cuando sus ojos se fijen en este manuscrito?

Será divertido verle. Si, muy divertido. Creo que sólo por eso, ocurra lo que ocurra en el futuro, habrá valido la pena escribir estas Memorias, cuyo final verdadero tal vez no pueda yo escribir, sino que otro tendrá que hacerlo en mi lugar...»

EPILOGO

—Dios mío, Peter... ¡Sotherland!

—No puedo creerlo... —los ojos del joven escribiente se fijaron en el gran retrato al óleo que dominaba el despacho—. Bertrand R. Sotherland, el editor rico y poderoso... Su hija Allyson... una hija ilegitima, nacida de otro hombre, un enfermo venéreo, posiblemente enferma ella misma fatalmente... Tal vez hija de... de un personaje de sangre real... O cuando menos, de un importante aristócrata británico... Dios mío, no es posible... Es todo como... como una pesadilla...

—Sí. Peter, pero recuerda... El abogado Robertson era el abogado de esta editorial también... El señor Whitby, asesinado en el sótano esta noche...

—¡Whitby! —Doyle palideció, dejando caer el manuscrito sobre la mesa —, Cielos, lo había olvidado casi por completo... Entonces, tal vez Whitby sabía la verdad... Vino a averiguar algo esta noche. Y le sorprendieron, asesinándole...

—Tal vez no fue Maxwell quien le sorprendió. Ni el... el monstruo — gimió Coleen.

—No, tal vez no —admitió Doyle, con mirada brillante, excitada—. Tal vez este crimen.... si ha sido obra personal del propio señor Sotherland... El no cejará hasta que su hija no sólo posea millones, sino también títulos. Títulos nobiliarios que él nunca poseyó y que ahora también serán suyos por consanguinidad... Lo único a que aspira un hombre ambicioso, cuando ya es demasiado rico y no desea dinero... Lo único que acaso ha movido a Sotherland a matar, a contratar a un asesino para deshacerse de un puñado de testigos que hubieran hecho imposible la boda de su hija ilegitima con ese noble joven...

—Exacto, mi joven amigo. Es lástima que hayan llegado tan lejos en sus averiguaciones...

Coleen lanzó un vivo grito de terror. Doyle se volvió, sobresaltado, contemplando despavorido el pesado artesonado de madera que giraba suavemente en el muro, sobre bisagras bien engrasadas, un poco más allá del mueble-bar.

Por aquella puerta secreta cuya existencia él siempre había desconocido, entraba ahora con fría sonrisa el mismo hombretón, canoso, saludable y fornido que aparecía retratado en el óleo mural.

Sólo que su sonrisa era ahora fría y casi cruel. Y que su vigorosa mano empuñaba un revólver amartillado, con el que encañonó a ambos, sin molestarse en cerrar la puerta secreta a sus espaldas.

—¡Usted! —Jadeó Doyle—. ¡Señor Sotherland...!

—Parece que esta noche mi editorial se ha convertido en el centro de una tragedia que comenzó ya hace tiempo —dijo tristemente el editor, aunque mirándoles con una dureza implacable—. Usted, un mequetrefe, un vulgar

escribiente de mi empresa, se ha permitido ocupar mi despacho, leer un manuscrito, llegar a conclusiones graves...

—Graves, pero ciertas, señor —se enfrentó Peter a su patrón—. Usted sabe que ese manuscrito es obra de un pobre enfermo, de un ser rescatado a la propia muerte por un científico que soñó con ser un nuevo Dios y sufrió un castigo por ello... Ahí lo dice todo. Absolutamente todo. Usted ha llegado hasta el crimen sólo para ocultar un vergonzoso secreto familiar. Pero, con ello, condena a un hombre joven y sano a sufrir posiblemente en el futuro un mal venéreo que incluso podrían heredar sus hijos...

—¿Y qué? —Rechazó Sotherland con acritud—. Ese joven, sir Brian Munro, es un ambicioso que sólo pretende dinero. Dinero a cambio de títulos nobiliarios que no valen nada. Bien. Yo no tengo títulos. Es un canje. Una cosa por otra. No puedo permitir que Allyson pierda esa oportunidad de darme nobleza. Si sir Brian corre un riesgo, es cosa suya. Toda ambición tiene un precio.

—Y la suya, ¿cuál tiene, Sotherland? —le miró Doyle despectivo—. ¿Toda esa sangre derramada cruelmente? ¿Es necesario enterrar en sangre, cubrir con cadáveres un secreto como ese de su hija?

—Es imprescindible, dadas las circunstancias. Ese hombre, el doctor Maxwell, al que conocí casualmente y que me confesó la audaz experiencia científica de su colega, el doctor Giffard, sabe ya que Leslie Graham, el asesino resucitado, anda por ahí, intentando algo. Ignoraba que hubiese escrito unas Memorias. Y menos podía suponer que tuviera la osadía de traerlas a mi propia editorial. Pero cuando, oculto tras esa puerta secreta que sólo yo conozco y utilizo cuando no quiero ser visto al entrar o salir de la editorial, he escuchado la lectura de ese manuscrito en su voz, Doyle, he comprendido que también ustedes saben ya demasiado.

—Eso significa que va a asesinarnos, ¿no es cierto? —preguntó tristemente Coleen, abrazada a Peter.

—Me temo que no queda otro remedio, señorita —afirmó Sotherland moviendo su cabeza canosa de arriba abajo—. Ustedes nunca guardarían este secreto. Ni yo me podría arriesgar a esperar que lo hicieran. Es inevitable. Debo matarles a ambos.

—¿Como hizo con su socio, el señor Whitby? —preguntó secamente Doyle.

—Lamentablemente. Jonathan Whitby había hablado con el abogado Robertson un día antes de morir éste. Al parecer hizo ciertas averiguaciones. Esta noche había venido a la editorial para revisar mis documentos en la caja fuerte. Ya sabe que él es el único que conocía la combinación de esa caja. Le sorprendí en el sótano, al usar yo la puerta del patio para entrar aquí, tras comprobar que había luz en la oficina y que ustedes no me abrían. Derribé a Whitby de un golpe, y puse su cabeza en la prensa... Luego me oculté, y subí hasta aquí, a tiempo de oírle leer en voz alta la parte final de ese manuscrito. Lo lamento. Doyle. Era usted un buen empleado. Y su joven prometida es

bella. Pero debo eliminarles, antes de que Maxwell se ocupe de sir Arnold y mi hija pueda convertirse en condesa de Haggerston y dama de Su Majestad la Reina... Creo que todo eso bien vale la pena de unas pocas muertes más, amigo mío...

Alzó su rifle. Iba a vaciarlo sobre los dos jóvenes, sin la menor piedad.

* * *

El alarido a espaldas de Sotherland coincidió con el grito de infinito terror de Coleen Randolph. Doyle, atónito y despavorido, descubrió en el hueco de la puerta secreta la espantosa presencia que provocaba ese miedo instintivo en su prometida, y que era quien estaba emitiendo el alarido que hizo revolverse a Sotherland, al tiempo que disparaba su pistola casi por puro movimiento reflejo.

El Monstruo había entrado en escena.

Y su aspecto, ciertamente, era espantoso. Coleen aún clavaba sus ojos, alucinada, en aquel rostro de pesadilla, cuando el que se llamara Leslie Graham en otra existencia anterior, caía sobre el editor como un ser grotesco y delirante, al tiempo que el revólver seguía llameando y vomitando plomo, ahora sobre el cuerpo de Lesy.

El rostro de éste era una máscara de horror. Donde la negra oriunda de las Colonias clavara sus uñas, la noche del doble asesinato en el lupanar, habían surgido ampollas de pus y carne negruzca, en estado de pura descomposición que iba extendiéndose a todo el rostro, como una forma desconocida de lepra. La nariz medio devorada por aquel deterioro de los tejidos, la boca ya agrietada a medias, supurando sangre y un humor viscoso, las mejillas carcomidas, dejando ver el hueso de la calavera bajo la carne desaparecida y putrefacta, producían una visión horripilante y demencial, a lo que se unía la presencia de coágulos sanguinolentos en los ojos del desdichado. Aquella faz de pesadilla emitía, inevitablemente, un fuerte hedor a putrefacción, a materia muerta, que se extendía como una nube fétida por el lujoso despacho.

—Ase... sino... —jadeó el Monstruo, clavando sus garras poderosas en la garganta del editor, mientras éste, inexorable, vaciaba hasta la última de las seis balas contenidas en el cilindro giratorio de su arma. Balas que se iban clavando en el estómago, vientre y pecho del infortunado Lesy, pero sin que éste cesara, implacablemente, de apretar con ambas manos, estrujando el cuello de Sotherland, hincando sus dedos en la carne, haciendo crujir los huesos y los cartílagos, triturando de modo brutal e increíble la garganta del editor—. Maldito... asesino... Paga tus... crímenes... como yo... pagaré pronto... los míos...

Cayó Sotherland de espaldas en la espesa alfombra. Su cuerpo golpeó pesadamente y quedó inmóvil, con la cabeza torcida. Doyle se inclinó, examinándole. Luego miró a Lesy, el monstruo.

—Está muerto —jadeó—. Le ha roto las vértebras, el cuello...

—Es lo que merecía... —sollozó Lesy, aferrándose con ambas manos los orificios de su cuerpo, que destilaban abundante sangre. Cayó de rodillas, con una mueca, mirando a Doyle y a la muchacha—. Ustedes... iban a morir en sus manos. Eso no era justo... Veo... veo que leyó mi... mi manuscrito...

—Sí, Lesy —asintió Doyle, acercándose piadoso a él, sin importarle el hedor que su rostro espantoso despedía—, Gracias por todo. Nos salvó la vida...

—No... no me miren... —gimió—. Es horrible... Mi cuerpo está muerto en realidad. Muerto ya desde mucho antes. Los hombres. Doyle... no son... dioses. Nunca lo serán... Debieron dejarme reposar... después de morir en Newgate, ¿no cree?

—Si, Lesy —asintió impulsivamente Coleen, acercándose al monstruo, perdido ya todo temor, con expresión tierna en su rostro—. Debieron dejar que se cumpliera el destino de Leslie Graham... Pero las cosas no hubieran ido tan mal si hubiesen sido buenos con usted, si hubiesen sabido darle, de verdad, una nueva vida mejor... Lo siento, Lesy. Lo siento de veras.

Y ante el asombro del propio Peter Doyle, Coleen se inclinó sobre el agonizante monstruo que se desangraba de rodillas en tierra, a punto de caer... y sus labios se posaron en su frente, besándole tiernamente, con suprema dulzura.

—Me... me ha besado... —la miró Lesy, atónito, emocionado—. No le doy... miedo ni asco... Y usted es tan... tan hermosa...

—Lesy, le debemos la vida —sonrió Coleen—. Usted no era tan malo como cree. Los malos eran los demás. No hay motivo para odiarle. Ni para sentir miedo o asco de usted. La fealdad depende de otras cosas...

—Gracias... —sollozó el monstruo, mientras la sangre escapaba de sus labios en dos regueros lentos—. Gracias... amigos...

Doyle le sonrió. Alargó un brazo. Puso su mano en el hombro de Lesy. Apretó con calor.

—Adiós, amigo Lesy —dijo roncamente.

Este sonrió. Les miró con una dulzura que hacía imposible imaginarlo matando sin piedad a otros seres humanos. Luego balbuceó:

—Ya nada tienen que temer... Abajo... también está... el doctor Maxwell... muerto.

—¡Muerto! —repitió Doyle, aliviado.

—Yo... le maté. Venía... a reunirse con Sotherland... —sonrió más ampliamente el moribundo. Su cuerpo golpeó la alfombra al caer—. Adiós... amigos míos. Perdón... por todo...

Tuvo un último vómito. Y se quedó inmóvil, con los ojos vidriosos y abiertos.

Todo había terminado para él. La última página de las Memorias de un monstruo se acababa de escribir con sangre, como casi toda la historia lo había sido desde sus inicios.

—Dios le haya perdonado —susurró Coleen, persignándose ante el

cadáver—. ¿Vamos, Peter?

—Sí. Vamos fuera de aquí, donde se respire aire limpio, aunque sea bajo la nieve —suspiró Doyle—. Nos llevaremos ese maldito manuscrito, iremos a ver a la policía. Tal vez nos crean, tal vez no. De todos modos, esto no se revelará. Lo sé. Estando por medio alguien de sangre real, esto se ocultará como sea. Y viviendo sir Arnold, se ocupará de que su hijo no se case nunca con la hija de un enfermo venéreo, por muy rica que sea ella. Vamos, Coleen. Tal vez aún sea tiempo de cenar algo en alguna parte... y empezar a olvidar.

—¿Tú crees que alguna vez olvidaremos esta noche? —susurró ella, mirando los cadáveres del editor Sotherland y del monstruo Lesy.

—No lo sé. Tal vez nunca —tiró de ella hacia la salida, casi frenético—, Pero sea como sea, es mejor intentarlo. Es lo mejor que podemos hacer, querida mía...

Y cuando estuvieron al fin en la calle, bajo los copos de nieve, sintiendo crujir el blanco elemento bajo sus pies. Peter rodeó a Coleen con sus brazos, la atrajo hacia sí, besó sus labios... y luego, tomándola de una mano, corrió hacia el más cercano puesto de policía, dispuesto a narrar aquella historia que parecía imposible.

Y que acababa de terminar, como terminan las pesadillas.

FIN